

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

EL MONSTRUO GRITO EN SILENCIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



CURTIS GARLAND

EL MONSTRUO GRITO EN SILENCIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 129

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 49.189 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1973

© Curtis Garland - 1973

texto

© Antonio Bernal - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A, Mora
la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 124 — Dinosaurio - *Curtis Garland*.
- 125 — Los hijos de Selene - *Ralph Barby*.
- 126 — Asesino cósmico - *Curtis Garland*.
- 127— Rebeldes en Dangha - *A. Thorkent*.
- 128 —SOS en el cosmos - *J. Chandley*.

CAPITULO PRIMERO

«Estas son las Crónicas de mi viaje a otros mundos.

De nuestro viaje, debería decir, para ser exacto. Porque fuimos varios los personajes del gran drama cósmico.

Pero yo lo escribo. Y yo soy, por tanto, el protagonista del relato. Porque lo hago en primera persona. Son mis Crónicas de un viaje a algo que estaba más allá de lo imaginable, incluso más allá del horror.

Y no era sólo cuestión de distancias, no. A fin de cuentas, no llegué a otras galaxias ni tan siquiera a los confines de nuestra Vía Láctea. No fue preciso ir tan lejos. Bastó con no salir del ámbito de nuestro propio Sistema Solar. Como quien dice, y comparándolo con las inmensas distancias estelares, en nuestra propia casa. Sin salir de ella.

Todavía ahora, el más profundo horror me asalta, cuando echo la vista atrás y recuerdo... Recuerdo lo vivido. Lo experimentado en un viaje sin retorno a un mundo que yo desconocía, lo mismo que mis compañeros de viaje.

Quizá por eso he escrito estas Crónicas. Quiero romper de una vez mis complejos, deseo desterrar la psicosis de miedo que ha quedado en mí después de tan terrible experiencia.

Acaso escribiendo todo lo que sucedió entonces, pueda empezar a echar la vista atrás sin un escalofrío, sin la sensación angustiosa de que aquello pudiera, algún día, repetirse. Dios no lo quiera.

Estas son, pues, mis Crónicas. Las Crónicas de un viaje, de una llegada... y de lo que siguió después. Las memorias y recuerdos de un hombre asustado. De un hombre, en suma, que se sintió humano ante el horror.

Hasta entonces, creo que nunca tuve miedo. Nunca supe lo que era temblar, ni en las más adversas y peligrosas circunstancias. El riesgo, el peligro, formaban parte de mi propia forma de vida, de mi arriesgada profesión de cosmonauta.

Pero aquello fue diferente. Muy diferente.

Y si no, que juzgue quien un día eche mano a este texto mío, grabado en momentos de abstracción, de retorno mental a un pasado alucinante que, aun ahora me parece como un sueño. Un mal sueño. El peor de los sueños. La más terrorífica de las pesadillas.

Quien estas Crónicas lea, sabrá por qué llegué a sentir miedo. Por qué llegué a temblar ante lo desconocido ante lo que yo no podía ni sabía dominar. Ante lo que yo no entendía...»

CAPITULO II

Me llamo Craken. Hasper Craken. Doctor Hasper Craken, exactamente. Doctor en Medicina Espacial y Psicología Astronáutica. Comandante de astronautas. Acostumbran a llamarme «Doc». Y he llegado a ser más conocido como Doc Craken, simplemente, que como Hasper Craken, que es mi verdadero nombre.

Mis Crónicas deben empezar por el *Galaxy*. Por la partida del *Galaxy*, en misión rutinaria.

¡Rutinaria, Dios mío! Me debería reír al pensar en tal cosa. Pero no puedo.

No, no hay motivos para reírse de nada. Aunque lo cierto es que resulte chocante, paradójico, que aquello fuese... una «misión rutinaria».

Pero entonces, el Mando no podía prever el futuro. Ni nosotros tampoco. Nosotros no éramos como aquel maldito pero admirable Stowen.

Stowen sí podía prever el futuro. Al menos, es lo que él decía. Nadie le tomaba en serio, pero él no parecía bromear nunca cuando afirmaba, muy serio, que el porvenir no podía guardar secretos para él... si él se empeñaba, realmente, en que no los guardase.

Como es natural, ninguno le hacíamos demasiadocaso. Y él no parecía irritarse demasiado por ello, después de todo.

Stowen formaba parte de nuestra tripulación. El, Peter Tazman y yo. Tres hombres. Éramos la parte masculina de la tripulación. Al cincuenta por ciento respecto al elemento del sexo opuesto. Ellas tres, eran Zeena Laren, Velda Lane y Sandra Corey. Tres hombres y tres mujeres. Formábamos el grupo *Galaxy*. Astronautas en misión rutinaria, repito.

La convivencia formaba parte de la rutina. Biológicamente, se proseguía el programa iniciado con otros astronautas. Teníamos que vivir unidos, formando tres parejas. Ellas aceptaban su papel de hembras con fría y científica disciplina. El amor no contaba. Zeena, por ejemplo, no era mi esposa, ni siquiera mi prometida o mi amante. No era necesario. El Cuerpo Femenino de Astronáutica tenía una

misión bien definida: o investigar, o servir para la investigación. Investigaban las doctoras y especialistas. Las demás mujeres útiles para la navegación cósmica, sólo eran reproductoras de la especie, en condiciones especiales de vida, como eran a bordo de una nave espacial, en vuelo interplanetario.

Zeena me tocó a mí. Igual pudo haber sido Velda. O Sandra. Todas eran iguales, hermosas, atractivas... y dóciles a la misión encomendada. Velda le tocó a Glenn Stowen. Sandra a Peter Tazman. Nadie protestó. Ni ellas ni nosotros, claro. Lo bueno o malo de un juego cuyas reglas se aceptan en principio, es que se debe admitir el juego en sí. O no jugarlo.

En fin; Zeena era «mi chica». Una rubia estupenda, joven, inteligente, atractiva y disciplinada. No me podíaquejar. Lo malo es que había tenido que renunciar de antemano a mi auténtica prometida. Gala se hizo astronauta. Pasó a depender de la disciplina de la Escuadra Internacional de Astronáutica. Y, naturalmente... resultó elegida para la Misión Comet. La nave *Comet* había salido de la Tierra antes que nosotros. En ella iban, como en la nuestra, otros tres hombres y mujeres. Gala pasó a ser **lapartenaire** de un astronauta llamado Parrish, mayor del Cuerpo de Astronautas. Traté de disuadir a Gala. Podía renunciar a su misión, solicitando la baja inmediata en la Escuadra. No lo hizo. Para entonces, su orgullo pudo más que su sentido común. Nos habíamos peleado tontamente. Yo cometí el error de no reconciliarme a tiempo con ella. Luego, fue demasiado tarde. Pasó a la Misión Comet. Y se fue al espacio, con el dichoso mayor Parrish. Estarían procreando ahora, por el espacio sideral. Como tendría que hacerlo yo, con la rubia Zeena, a bordo del *Galaxy*.

Eso rompía todo definitivamente. Gala ya no contaba para mí. Había elegido un camino. Ya no podía volverse atrás. Ni yo tampoco. Ella tenía su maldito orgullo. Yo, el mío. Y así estaban las cosas.

Esto era el empate. Pensar en Zeena como compañera de jornadas interplanetarias, en todo sentido, incluida nuestra convivencia en la cabina íntima, era agradable. No olvidaba fácilmente a Gala. Eso no era fácil. Pero es más fácil intentarlo junto a una muchacha como Zeena, qué diablos.

Así comenzó el vuelo cósmico *Galaxy*. Ya lo dije antes: misión rutinaria. Destino, Júpiter.

Júpiter, a setecientos setenta y ocho millones deKilómetros del Sol. Una distancia todavía larga, incluso para las naves movidas a fotones. Pero menos que en el pasado, cuando la Astronáutica era una

ciencia primaria, con vuelos lunares y cosas así.

Era un viaje de rutina. En Júpiter existía ya una Colonia Terrestre. Como la había en Urano y en Saturno. En Plutón, no había nada. No era habitable en absoluto. Era un mundo extraño, al que una sola expedición terrestre llegó en una ocasión, y su informe de «alto secreto», al Mando, permaneció en el más absoluto silencio. Nadie más intentó el viaje a Plutón. Sus razones habrán tenido, supongo. Hay muchos rumores al efecto: si es un mundo artificial, si es una arma letal, suspendida sobre el Sistema Solar, si es una supernave de ingentes proporciones, poblada por restos de otra supercivilización distante millones de años luz de nosotros...

No lo sé ni me importa. Como astronauta, recibo órdenes y trato de cumplirlas. Espero que ninguna de esas órdenes me obligue nunca a dirigirme al misterioso Plutón, el planeta límite de nuestro Sistema.

Me he desviado un poco del tema central de mis Crónicas: el viaje a Júpiter, misión rutinaria de investigación espacial y de biología en el Cosmos, con la convivencia hombre-mujer y sus posibles frutos, a lo largo del período interplanetario.

Yo, Doc Craken, empiezo mi Crónica con ese viaje de la nave *Galaxy*.

Y con todo lo que luego sucedió...

Que, ciertamente, pudo ser cualquier cosa menos rutinario.

Pero cuando supimos eso, navegábamos cerca ya de Júpiter. Habíamos avistado sus más lejanos satélites. De su total de doce lunas, nuestros detectores de a bordo, señalaban ya la vecindad de dos de ellas.

Estábamos llegando.

Y entonces sucedió todo. Entonces empezó para nosotros la pesadilla.

Justamente cuando todo había terminado para otros muchos.

* * *

—¿Terminado? — pregunté.

—Sí —afirmó roncamente Stowen—. Terminado, Doc.

Nos quedamos en silencio todos. Nos miramos, aterrados. Sentí el sudor, muy frío, empapando mi piel. Sacudí la cabeza. Caminé hasta el gran visor conectado al objetivo de televisión exterior. La pantalla curva revelaba el calor las formas tridimensionales del Cosmos. Las lunas de Júpiter, flotando en el negro vacío. La mole enorme, atravesada por franjas de colores distintos, de la inmensa masa gaseosa que envolvía al planeta gigante, allá en nuestro horizonte.

—Dios mío... —murmuré, sintiendo seca mi boca y mi garganta. Me puse una cápsula de hidratos en la lengua—. ¿Cómo sucedió?

—Como siempre suceden las cosas. Súbitamente, Doc.

—Súbitamente... ¡Eso no basta! —gimió ahogadamente Peter Tazman. Se puso en pie, como rebelándose contra algo o contra alguien, en la amplia cámara central de la *Galaxy*, redonda, blanca y luminosa—. Algo tuvo que ocurrir...

—Ocurrió, claro... —afirmó Stowen roncamente—. ¿Quieres volverlo a leer en la grabadora electrónica de noticias?

Tazman sacudió la cabeza. Me miró, y le miré. No supe qué decir. El, sí. Y lo dijo, con voz ruda, violenta casi:

—Puede ser un error informativo. ¡Tal vez no ha sucedido nada de eso, Glenn!

—¿Tú crees? —manifestó Stowen su escepticismo claramente. Luego, se encogió de hombros—. Ojalá sea así. En la Estación Júpiter-10, sabremos definitivamente la verdad.

—Estoy tratando de comunicar con ella —informó Velda, desde el control de comunicaciones espaciales—. No recibo señal alguna. Ni de Júpiter, ni de Venus, Marte o cualquier otra de las Colonias Terrestres...

—Todos no han podido correr la misma suerte —masculló Tazman, furioso.

—Eso es cierto —admití, pensativo—. ¿No es posible que tengamos una avería en el sistema de comunicaciones de a bordo?

—No —negó Velda. Pulsó un botón. La pantalla del cerebro electrónico se iluminó con unas palabras reveladoras: «Funcionamiento perfecto a bordo. Comunicaciones sin novedad. Averías en los circuitos: ninguna.» Sonrió, forzada, al añadir—: ¿Os

dais cuenta? La máquina no comete errores. Y menos, de esa magnitud.

—Ya —convine de mala gana. Me dejé caer en un asiento, blanco, blando, comfortable—. Entonces... es cierto.

—Sí —afirmó Zeena—. Es cierto, Hasper.

La miré. Zeena era la única que me llamaba por mi nombre. Para los demás, siempre era el mismo Doc. Vi tristeza en sus ojos verdes, luminosos. La blanca luz aséptica y deslumbrante de nuestra cabina central, daba matices casi plateados a su cabello, tan rubio y tan suave como seda hilada.

—Dios... —gemí—. No queda... nada.

—Nada —era Velda quien hablaba. Volvió a conectar la pantalla del cerebro electrónico que regía todos los sistemas mecánicos de a bordo con precisión rigurosa y seguridad a toda prueba. Pulsó unos botones. Leímos la terrible noticia, por segunda vez, en la pantalla fluorescente:

«Guerra termonuclear en planeta Tierra. Ataque y represalia. Horas de lucha: 6.

Resultados computados: muerte total.

Destrucción absoluta.

No hay contacto con centros de información y comunicación terrestre, Nadie responde. Vida humana detectada: nula.»

Eso era lo que habíamos sabido durante el vuelo interplanetario del *Galaxy*.

Habían bastado seis horas. Sólo seis.

Y todo se había terminado. El Apocalipsis. El fin. La Tierra, exterminada. El caos. El mundo había muerto.

Y no sabíamos por qué. No sabíamos nada. Sólo la fría información detectada por el computador.

CAPITULO III

—Sólo eso. Y nada menos que eso, amigos míos... Puede decirse que estamos solos, o poco menos. Nosotros, el *Comet* y las estaciones terrestres en otros planetas adonde no haya llegado la guerra atómica.

Me miraron. No parecían entender mis palabras, pese a su cruda y terrible sencillez. Creo que yo mismo no me entendía, ni entendía lo que estaba sucediendo. Era un sueño. Un mal sueño. Una pesadilla angustiada.

Sandra Corey estaba llorando. Tazman la consolaba. O lo intentaba, cuando menos. Ella había dejado padres y un hermano en la Tierra. Ya no quedaba nadie. Tazman decía, con voz ahogada:

—Ten calma, querida... Yo también tenía hermanos, unos tíos... Ya no tengo a nadie, si eso es cierto.

—Es cierto, Peter —le recordó Velda Lane, con un suspiro. Había dejado su sitio en los controles a Zeena. Estaba fumando, nerviosa, paseando por la barandilla circular de la sala central. Su calzado blanco, esponjoso no producía ruido en el terso suelo de fibra artificial luminescente—. Ha ocurrido. No hay error posible.

—Pero... ¿por qué? —gimió Tazman—. No había peligro de guerra, no había amenaza alguna de violencia cuando abandonamos la Tierra, hace sólo un par de meses...

—Un día puede bastar. Alguien perdió el control. Quizá hubo un error, una mala interpretación, un fallo. Funcionó el sistema de destrucción de unos. Hubo represalias del otro. Nunca sabremos quién ni cómo empezó. Todos son igualmente culpables. Pero ya ni siquiera podemos acusarles o juzgarlos. Se fueron. Se extinguieron con el mundo, con la civilización toda.

—¿Y ahora...?—musitó Velda—. ¿Qué va a suceder?

Era una pregunta tan sencilla como tremenda. Me estremecí. No supe qué responderle. Nadie lo supo, ahora... Ahora, todo había acabado. Nosotros teníamos que volver un día. Encontraríamos ruinas, muerte, contaminación... Un gran cementerio girando en, torno al Sol.

Las Estaciones planetarias estaban a merced de sí mismas ahora. Y algo les ocurría también. No respondían. No captaban mensajes, al

parecer. Ni siquiera en Júpiter. Zeena insistía una y otra vez, como antes hiciera Velda Lane. Y todo era igual. No había respuesta. No había confirmación de recepción. Sólo silencio.

El silencio de la muerte.

—Es inútil —musitó ahogadamente Zeena, mirándome con angustia—. No contestan, Hasper. Sin embargo los sistemas de a bordo funcionan. Emiten perfectamente. Tienen que recibirlo. Si viven, claro...

—¿Si viven? —se alarmó Tazman—. Por Dios, Zeena. Qué puede haberles ocurrido? Nosotros no hemos sufrido las consecuencias del fin de la Tierra. ¿Por qué vamos a pensar que Marte, Venus, Saturno o Júpiter hayan sufrido algún daño, a tantos millones de millas de distancia?

—No lo sé. Pero es la única explicación posible.

—Sí. Ella tiene razón, caballeros. Sólo la muerte silenció a todos los mundos. Y ahora les tocó el turno a ustedes...

Nos volvimos, sobresaltados, incrédulos.

La voz había llegado del fondo de la cámara central. Ya no éramos seis a bordo, sino siete.

Había un hombre más. Un desconocido. Y nos estaba encañonando con un fusil cargado con proyectiles especiales explosivos.

* * *

Era un polizón.

Un peligroso polizón. Todos supimos en seguida de qué se trataba: un enemigo. Un saboteador. Su misión a bordo, no podía ser otra que destruir.

Contemplé su gesto hermético y frío, típico de cualquiera de su raza. Su piel color aceituna, su negro cabello lustroso, como engrasado. Los ojos oblicuos, la boca apretada.

No era muy alto. Ni muy fuerte. No necesitaba serlo tampoco. Seguro que sería experto en lucha oriental. Además, tenía su arma. Y

un cerebro metódico y lucido.

Lo peor era su carácter desesperado. Nadie entra fácilmente de polizón en una nave espacial, por amplia que ella sea. El *Galaxy* lo era. Pero él llevaba allí dos meses. Y ninguno lo había advertido, ni sospechado siquiera. En ese tiempo, pese al riguroso control que Stowen llevaba de víveres y líquidos, nada habíamos detectado. No faltó nada de nada.

Estudí su indumentaria espacial, negra y elástica, ajustada herméticamente a su cuerpo enjuto y ágil. Uniforme de comando suicida. Un *kamikaze*, en suma.

Sobre el tejido negro y ajustado de sus ropas, lucía la calavera y el símbolo de Oriente en rojo. Asintió al ver la dirección de mi mirada.

—Sí —dijo—. Soy uno de ellos. Un comando suicida.

Entorné los ojos. La situación era difícil. Desesperada. Lo sabía yo. Lo sabían mis compañeros. Y, sobre todo, lo sabía nuestro enemigo.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —indagó inútilmente Tazman.

—Matarles —fue la simple réplica.

—Y morir usted —replicó ahora con energía Zeena.

—Eso es —sonrió el oriental—. Morir todos. Los siete.

—¿Por qué? —indagó Stowen, con acritud.

—Por lo que siempre se hacen las cosas. Somos enemigos. La guerra tiene unas leyes, ¿no?

—¿La guerra? —me encogí de hombros—. Eso no significa ya mucho. No hay guerra.

—La hay —sostuvo él—. Lo sé. Recibí confirmación directa por mi receptor conectado con el Cuartel General de los Países Aliados de Oriente.

Se tocó algo en su pecho, junto a su símbolo suicida.

Un pequeño emisor-receptor. Un disco negro, con rejilla, adherido al material de su atavío.

—¿Le han dicho algo más? —pregunté.

—No. Nada. Sólo silencio he captado.

—El silencio de la muerte, ¿no lo entiende? —repliqué—. Ya no hay amigos ni enemigos. No hay nadie. No hay nada.

—Les oí hablar de eso. Parece que fueron demasiado lejos todos ellos— suspiró el suicida—. Mis hermanos, y ustedes.

—Sí. Demasiado lejos —convino Tazman—. Se aniquilaron. ¡Qué ciegos, qué estúpidos y dementes, Dios mío!

—Era el riesgo a correr —aceptó con fatalismo el oriental, encogiéndose de hombros.

—Ahora no hay ganador —señalé—. Ni perdedor tampoco. ¿Por qué no tira esa arma? Estamos solos. Solos los siete. Sería ridículo destruirnos mutuamente ahora.

—Lo siento —meneó la cabeza, negativamente—. La guerra sigue siempre, en tanto haya un solo ser enemigo en pie. Nadie firmó un armisticio. Nadie proclamó la paz.

—Hay cosas que no hacen falta. Los hombres sólo son capaces de proclamar la guerra. De hacer lo peor. Nunca lo mejor. Los Gobiernos fueron a la destrucción. No supieron ir a construir nada. Ahora ya es tarde. Tal vez nadie se merecía algo mejor que lo que ha sucedido. Pero, cuando menos, debemos tomar ejemplo. Aprender la lección, sea cual sea nuestra raza, nuestra ideología, nuestra posición.

—Lo siento —rechazó él—. Fui enseñado a destruir. Mi misión es matar y morir. La cumpliré.

—¿Incluso ahora? —demandó Sandra Corey, furiosa.

—Incluso ahora —asintió—. No hay motivo para cambiar las cosas.

—Es un *kamikaze* —señaló Stowen.

—Lo soy —afirmó, con orgullo. Nos encañonó sin contemplaciones—. Mi pueblo es pueblo de tradiciones. Y de voluntad. Para matar y morir, hace falta voluntad.

—Y fanatismo —objeté—. Estúpido, ciego y necio fanatismo.

—Tal vez —aceptó—. Es su punto de vista, no el mío. Y terminó la charla. Voy a eliminarles.

—¿Y después?

—Después... destruiré eso —señaló los mecanismos, el sistema

electrónico de a bordo. Soltó una breve carcajada—: Me iré a la eternidad con su hermosa nave, señores.

—Se irá al mismo infierno, maldito sea —se enfureció Tazman.

—A su infierno... o a mi paraíso —comentó, irónico—. Tenemos diferente mentalidad ustedes y yo. Eso es todo.

Iba a disparar, una de las cargas explosivas de su arma. Bastaría con una para terminar con los seis. El comando suicida de los Países Aliados de Oriente, iba a cumplir su siniestra misión, a bordo del *Galaxy*.

* * *

El comando oriental llevaba un casquete negro sobre sus cabellos, casi confundiéndose con éstos. Era como un disco flexible, adaptado a su pelo negro lustroso, sobre el occipital. A simple vista, resultaba casi invisible.

Me costó descubrirlo. Yo era el que estaba más cerca del recién aparecido polizón. Mientras hablaba había logrado apoyar mis manos junto a unos mandos de a bordo. Uno de ellos, era el anti-gravitor, o anulador de la gravitación artificial de a bordo. Si había algún recurso, era ése. Y tendría que usarlo a la desesperada. El riesgo era lo de menos. En aquella situación, todo estaba perdido. Y había mucho a ganar, la cosa resultaba bien.

Mi pulgar, disimuladamente, presionó la tecla A-G. (o anti-gravitor), justo a mis espaldas. En seguida funcionó el sistema a bordo.

Todos dejamos de tener peso y permanecer adheridos al suelo blanco y luminescente de la amplia cámara central. Nos convertimos en lo que era cualquier cuerpo, una vez en el espacio exterior, lejos de toda gravedad o fuerza de atracción: una simple pluma flotante.

El *kamikaze* había disparado ya su arma explosiva.

Brotó la carga detonante, aniquiladora, por la boca ancha de su fusil especial. Vino hacia nosotros, en medio de un fogonazo azul, lívido...

Eso fue todo. No podía haber impacto. Ni fuerzas ni choque. El proyectil no pesaba prácticamente nada. Brotó del arma. Pero no había fuerza de gravedad. Las leyes naturales de Balística estaban

alteradas. Nosotros flotábamos ya en el aire. El comando, también.

La pieza flotó, ingrátida. Cayó como un globo. Tocó el suelo pausadamente, botó despacio, al *ralentí*, igual que tomada a cámara retardada. No estalló.

El fusil flotaba como una pluma. El *kamikaze* también. Yo pude estirar la mano. Aferré su casquete negro. Lo arranqué de su cabeza, junto con unos cables diminutos, delgados, casi invisibles. De entre su negro pelo, brotaron dos diminutas baterías. El oriental me miró asombrado. Nuestro fantástico *ballet* ingrátido, prosiguió dentro de la nave.

Luego, logré flotar sobre los mandos. Estiré el pie, toqué la tecla A-G. Al segundo intento, volví a pulsarla. Subió, con un leve chasquido. Y se reanudó la gravitación artificial a bordo.

Caímos todos como fardos, chocando en el suelo, logré aferrar la carga explosiva, junto al suelo. La retuve en mis manos, sin que estallara. Cuidadosamente, la protegí. El comando volteó, yendo de un lado a otro. Tazman, rápido, agarró su arma y le encañonó.

—Ahora me toca a mí, amigo —dijo fríamente mi compañero.

—No dispaes —avisé—. Espera aún.

—El no sé lo pensó tanto, Doc —protestó Tazman, malhumorado.

—Ya lo sé —agité el casquete negro, con baterías—. Espera, sin embargo. Creo tener una idea sobre ciertas cosas. Esperemos a ver si se confirma...

—¡No tiren! —gritó el oriental, cubriéndose con ambas manos, alarmado—. ¡No, no lo hagan, por favor.

—Parece que el suicida ya no lo es tanto —dijo sarcástico, Glenn Stowen.

—Es lo que yo quería decir —hablé. Me acerque al vencido—. Tu misión es matar y morir. ¿Qué te asusta ahora?

—Morir —jadeó—. No soy un suicida, comprenda.

—Eso no está de acuerdo con lo que dijiste antes hermano —dijo, con ironía, Tazman, sin dejar de encañonarle—. ¿Tan fácilmente has abjurado de tus convicciones?

—Es que... no eran mis convicciones —gimió el oriental—. Dejen

que les explique...

—Está bien —asentí—. Explícate. ¿Qué ha cambiado, para que hables así?

—No es el haber perdido el control de la situación, como pueda usted imaginar —me miró pensativo. Señaló lo que yo mantenía en mi mano—. Es... es el. Y creo que usted ya se ha dado cuenta de ello...

—Sí —afirmé—. Es lo que creí pensar. Pero mis compañeros no lo saben. Es mejor que tú se lo digas.

—Es el casquete... Se trata de un controlador cerebral. Actúa sobre la mente. Posee una fina película grabada magnéticamente. Es un programa que uno ve obligado a seguir. Es como la hipnosis, pero en sentido cibernético... Una programación fría, deliberada. Todo lo que uno debe hacer, se graba ahí. Se aplica al cráneo. Las baterías alimentan un micro-circuito electrónico. Y virtualmente, convierten a uno en robot. El comando así tratado, se transforma en alguien perfectamente programado para destruir, matar... y morir. Sin sensibilidad alguna.

—Eso podría ser falso —avisó Tazman, desconfiado—. Tu raza dio ya numerosas pruebas, a lo largo de la historia, de fanatismo destructor. ¿Por qué suponer que necesitáis ser programados y obligados mediante un sistema electrónico, para hacer lo que ya antes hicisteis desde tiempos de los *samuráis*?

—Eran otras épocas. Oriente no es siempre igual. Mi raza, tampoco.

—¿No empezó ella el caos? —indagó Stowen.

—Eso nunca se sabe —él se encogió de hombros—. Nosotros, ustedes... ¿Qué importa eso? Todos fuimoslo bastante locos y necios para ir al holocausto. Nuestro Gobierno, eso sí, era ya nuevamente totalitario, dictatorial. Un Consejo de fanáticos, ávidos de acabar con la hegemonía occidental. China, Japón... Todos unidos. Amarillos y blancos. Problema de color de piel... ¡Qué locura, cielos! Ahora ya no queda nadie. De ningún color. Eso no arregló las cosas, ¿verdad?

—Comprobaremos esto —dije, señalando el casquete—. Velda, estudia la pieza. Comprueba la grabación y efectos sobre la mente humana. Eso bastará. Si él dijo la verdad, será perdonado. Si no... procederemos a su ejecución, sin remedio alguno.

—¿Perdonar? ¿A un enemigo? —protestó vivamente Stowen—. ¿A

uno de los que han tenido la culpa de que nuestros pueblos, nuestras familias, nuestra civilización toda... no sea ya sino silencio, ruinas y muerte?

—Es un empate, Glenn —repliqué—. Un triste y lúgubre empate. Nosotros hicimos igual con los suyos. Es hora de rectificar. Al menos, en nuestro reducido y pobre ámbito. Si este hombre, realmente, esta «programado», conforme él dice, contra su propia voluntad, no sería justo condenarle. Si ha mentido, después de intentar eliminarnos, la pena de muerte es justa. De modo que debemos darle un compás de espera. Stowen, encierra a nuestro cautivo en la cámara aislante de la Zona C de la nave. Allí esperará la decisión sobre su destino.

—Sí, Doc —afirmó mi compañero—. Vamos, amigo. En marcha.

—Claro —Asintió él, sereno. Me miró, pensativo, casi con un asomo de fría sonrisa en sus delgados labios— Estoy tranquilo. Les dije la verdad.

—Eso espero —hablé—. No me gusta nunca tener que ejecutar a un ser humano, por mucha razón que tenga para ello.

—Sí, eso me pareció —afirmó él lentamente, sin desviar de mí sus oscuros ojos almendrados, que ahora no tenían la fanática luz maligna de antes—. Gracias por todo, señor.

—No me las dé aún —señalé el casquete negro— De eso depende todo... Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Kenzo Sakaru —dijo serenamente—. Resido... Bueno, residía en Tokio. Antes de que... de que fuese lo que debe ser ahora, un simple montón de ruinas...

Se retiró silenciosamente, vigilado por Stowen. Nos quedamos solos los cinco de nuevo. Nos miramos.

—Demasiado compasivo, ¿no crees? —comentó secamente Tazman.

—Nosotros no somos una fuerza militar, Peter —le recordé—. Sólo una expedición científica y técnica. La venganza y el odio no están en nuestras manos.

—Además, todo depende de esto —comentó ahora Keena Laren, indicando con un gesto el casquete negro—. Si realmente es lo que él dijo... no hay motivo para sacrificarle. Es un enemigo, sí. Pero creo que algo se debe aprender de lo ocurrido allá, en nuestro mundo. Al menos, sepamos perdonar. Y olvidar.

—¿Y ellos? ¿Sabrá perdonar y olvidar ese oriental, si las cosas llegasen a ser diferentes y volviera a dominar la situación? —aventuró VeldaLane, preocupada.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Son cosas que pertenecen al terreno hipotético, Velda. Lo importante es obrar conforme a nuestra propia conciencia, ¿no crees?

—Yo creo que lo importante ahora es... sobrevivir —dijo Tazman, ceñudo—. Y, sobre todo, encontrar a alguien, hallar una respuesta. La que sea.

—Sí, pero ¿dónde? —se quejó Zeena, mostrando los controles, la ruta de comunicaciones, silente todavía—. Nadie contesta. Ni Marte, ni Venus... ni tan siquiera, Júpiter.

—Júpiter... —contemplé fijo, pensativo, la superficie de bandas coloreadas, brumosas, del gigante de los planetas solares—. Sí eso es lo primero que debemos averiguar. Preparadlo todo. Descenderé a explorar, apenas toquemos las proximidades de su superficie.

—¿Solo? —indagó Tazman, frunciendo el ceño.

—Sí —afirmé—. Cuanto menos nos arriesguemos, tanto mejor. Durante mi ausencia, Stowen será comandante accidental. ¿Conforme?

—Conforme, claro —aceptó Peter Tazman—. Pero debería acompañarte yo, Doc.

—No —negué—. Bajaré solo. Dispondré todo para que el heli-disco esté a punto...

Les dejé en la cabina central, y acudí a resolver los problemas propios de un descenso en Júpiter con nave pequeña, individual, destinada a exploración: heli-disco, aquella especie de auténtico «platillo *volante*», dotado de sistema helicoidal de hélices planas, su parte inferior, que desplazaban al vehículo fácil y rápidamente, con gran amplitud de maniobra, además.

Mientras lo disponía todo, me preguntaba qué podía estar sucediendo en Júpiter, en Marte, en Venus, en todas las Estaciones o Colonias terrestres establecidas en los planetas.

No tenía respuesta aún. Pero esperaba tenerla pronto, apenas pisara Júpiter.

Sin embargo, no me sentía tranquilo ni feliz. Algo me decía que lo que iba a encontrar allá abajo dista mucho de ser agradable.

Creo que nunca una corazonada estuvo mejor justificada.

CAPITULO IV

Júpiter.

Ya estaba en él. Perforando su masa ingente de nubes. Viajando con celeridad, a través de un denso mar de brumas de amoníaco y metano.

Aquella enorme masa de casi siete mil millas de espesor, que en muchas de sus zonas llegaba a licuarse, y en otras, tal era su densidad que, como auténtico algodón venenoso, formaba una masa esponjosa, virtualmente sólida, que las cuchillas afiladas del fuselaje taladrante de mi heli-disco penetraban, cortándola igual que manteca.

Por fin, bajo mis visuales, descubrí la auténtica superficie rocosa, envuelta en nieblas y líquidos en ebullición, que era Júpiter. Por debajo de aquella última y más liviana capa, de tremenda presión, se hallaba el suelo del gran planeta, con su bajísima temperatura, virtualmente invisible el remoto astro solar, como un diminuto disco, perdido en la distancia y en niebla impenetrable de gases letales, que era como la bóveda o cielo nefasto de Júpiter.

Hice descender a la nave. Situé las coordenadas sobre el mapa luminoso celeste, y el heli-disco flotó sobre la Zona A, la que contenía la hermética campana plástica, antitérmica y anticlimática, de la llamada Estación Júpiter-Tierra, o J-2.

El suave descenso se produjo sin incidentes. Mis sistemas de comunicación continuaban en silencio. Sólo captaba las voces del *Galaxy*, en constante contacto con-migo. De abajo, de Júpiter... nada.

La Colonia se mantenía en silencio. Había dos posibilidades: o sus sistemas de comunicación estaban averiados... o algo terrible había ocurrido en la superficie del gigantesco planeta.

La respuesta estaba cerca. Muy cerca. A mi alcance en sólo unos minutos más.

De modo que me armé de paciencia, manipulé los mandos, dirigiendo la nave en las maniobras de descenso... y me dispuse a conocer la verdad. Por desagradable que ella resultara, era mejor que la ignorancia y la duda.

Por fin, descendí. El heli-disco alcanzó el conducto de acceso al

interior de la Estación J-2.

Poco después, estaba inmóvil en el cosmódromo interior de Júpiter. Seguía sin recibir la menor señal de vida externa.

Me dispuse a salir. Mi traje espacial hermético estaba a punto. Tomé un arma eléctrica.

¿Qué iba a ver en Júpiter? Pero no esperaba nada bueno.

* * *

Y no era bueno.

No, no era bueno. Ni mucho menos.

Era pésimo. Terrible. Aterrador.

Allí estaba la respuesta. Ante mis ojos. Todo se explicaba ahora. O casi todo...

—Dios mío... —murmuré.

Pulsé el sistema renovador del interior de mi indumentaria. Era inútil. El clima era bueno dentro de mi escafandra y traje espacial. El sudor helado de mi piel no se podía borrar bajando la temperatura.

Me estremecí. Di unos pasos, vacilante. Las piernas me temblaban. Cerré un momento los ojos. La transpiración hizo correr gotas heladas por mis párpados y pestañas. Respiré hondo, ingerí una fuerte dosis de oxígeno de mi depósito. Lo necesitaba.

Muy despacio, me acerqué al primer cuerpo. Me incliné sobre él.

Todo era como yo imaginaba. No cabían sorpresas a aquellas alturas.

—Muerto... —susurré—. Está muerto...

Contemplé otro. Y otro más. Y otros más...

Aquí, allá, a mi alrededor. Dispersos por doquier. Como en un cementerio sin tumbas.

No olían. No había hedor de muerte. Ni siquiera eso. No era fácil que lo hubiese, por otra parte. Estaban muertos... *de frío*. Congelados.

Azules, rígidos. Mis guantes herméticos no dejaban pasar el helado tacto de su piel azulada, pero era algo obvio. Miré por encima de mí. La cúpula plástica aparecía intacta. Ni una desgarradura, ni un roto. El aire helado de Júpiter no había entrado en la Estación planetaria. No así, cuando menos.

Reconocí a algunos. Oficiales, soldados, técnicos, científicos, personal de la Base. Incluso obreros, mecánicos, civiles. Mujeres, niños también. Todos.

Era un espectáculo desolador. No había vida en torno mío. Pasé ante uno de los grandes indicadores de presión, temperatura, grado de humedad y otros datos imprescindibles para la supervivencia en lugares como aquel. Me estremecí.

La temperatura interior de la Base, en estos momentos, era de ciento diez grados bajo cero. E iba en descenso paulatino.

Algo había ocurrido. De algún modo, la barrera protectora de los terrestres desplazados a Júpiter, quebró por alguna parte. El frío ambiente entró allí. Era la muerte, sin la ropa adecuada. Y ni siquiera de eso tuvieron tiempo, evidentemente. No hubo ocasión de cubrirse, de proteger el cuerpo al azote del frío mortal.

Recorrí la zona lentamente. A través de mi visor frontal, inempañable, mis ojos atónitos iban contemplando los restos de aquella hermosa Estación planetaria, orgullo del hombre proyectado hacia otros mundos vecinos.

Había hecho falta muy poco para terminar con todo. Solamente el frío, el aire exterior cargado de gases tóxicos y de gélida temperatura.

Ahora, lo importante no era ya intentar hacer nada por ellos. Nadie hace nada por los muertos. Se trataba de llegar al fondo de la cuestión. De conocer la naturaleza del suceso...

La respuesta la tuve en una de las cabinas de control de la Estación J-2.

Allí estaba la clave de todo.

Contemplé, pensativo, el cadáver abatido sobre los mandos de regulación climática y defensa de la Estación. Vi su arma en el suelo. Su negro uniforme, el distintivo con la calavera y el emblema rojo de Oriente...

Otro de «ellos». Un comando suicida. Un *kamikaze* más. No supe exactamente su nacionalidad, pero era oriental. Ni siquiera había

llegado muy lejos, tras inutilizar los sistemas de seguridad de la Base, dejando penetrar el aire helado del exterior. El sabotaje tuvo unas víctimas que el saboteador sabía cuáles iban a ser. Y él no se libraba tampoco de la misma suerte. Murió apenas manipuló en los controles de seguridad. El frío y el gas tóxico exterior habían penetrado por allí.

Sabotaje.

En Júpiter, posiblemente en Saturno, en Marte... Todos los puntos avanzados de nuestra civilización, estaban silenciados para siempre. La guerra había extendido sus tentáculos hasta allí. Siempre hubo un espía, un saboteador, un comando suicida en cada Base. Llegado el momento del estallido bélico, recibió órdenes y actuó.

Observé la presencia del casquete negro en su cabello. Estaban perfectamente programados para destruir. Y para autodestruirse. Como robots. Como maquinas perfectas.

Ni siquiera se les podía culpar de nada, pese a su espantosa acción. Eran involuntarios ejecutores de el designio superior, el de sus Gobiernos asiáticos. Actuaron como mecanismos, no como hombres. No había fanatismo en sus actos, sino algo perfectamente computado y dispuesto electrónicamente para la destrucción.

—Es horrible... —me oí murmurar a mí mismo: Horrible...

Poco había que hacer allí. Informé con escuetas palabras al *Galaxy*, a través de mi intercomunicador personal, de cuanto sucedía en Júpiter. La voz de Snowden me llegó nítida, grave:

—Regresa, Doc. No te arriesgues más. Ya ni siquiera vale la pena...

Tenía razón. Y regresé. Ya, como él decía, no valía la pena.

El heli-disco me regresó a la nave *Galaxy*, en escaso tiempo. Abajo, silencioso y yerto, como fuera siempre antes de la llegada del Hombre, quedó Júpiter, convertido en helado cementerio de seres humanos.

Todos me esperaban, silenciosos. Ni siquiera me dieron el informe inmediatamente. Creo que mi rostro les hablaba con más claridad que todas las palabras posibles. Me dejé caer en un asiento, tras despojarme de mi escafandra, sin quitarme siquiera el traje especial presurizado, que ya estaba nuevamente esterilizado a su paso por la cámara correspondiente.

—Fue otro de ellos —dije al fin—. Un comando.

—Cielos... —musitó Tazman—. Deberíamos ejecutar a ese Sakaru.

—No digas eso —le reprendió Sandra Corey—. Hemos comprobado lo que él dijo, ¿no es cierto?

—Aun así, deberíamos hacerlo. ¿Te das cuenta de cuál ha sido su obra? Debieron exterminar todas las Estaciones planetarias terrestres...

—Seguro que lo hicieron —admití fríamente. Luego, indagué—. ¿Se ha comprobado la naturaleza del casquete del prisionero?

—Sí, Doc —afirmó Glenn Stowen—. Es como él dijo. Unaprogramación destructora. Unas células electrónicas se adhieren como ventosas al cráneo, y emiten impulsos magnéticos. Pueden controlar una mente, ordenarle lo que esté programado en la lámina sensible que contiene el casquete. El que se aplica eso, hace exactamente lo que allí sedice, anulada su voluntad por los impulsos electrónicos.

—Entonces, Kenzo Sakaru es inocente, nos guste la idea o no —suspiré—. Lo mismo sucedía con el saboteador que vi en Júpiter. Estaba muerto. Y llevaba el casquete, idéntico al de Sakaru. Moral y materialmente, no son responsables.

—Eso puede ser cierto —gruñó Tazman—. Pero ¿a quién culpar de estos horrores, de que ahora mismo, todos nosotros, seamos LOS UNICOS seres vivos en el Cosmos, Doc?

—Posiblemente haya un solo culpable de todo esto —dije, incorporándome, cansado—. El Hombre, Peter. El Hombre mismo...

Y, fatigadamente, me encaminé a mi cabina de reposo. Antes de entrar, oí preguntar a Stowen:

—¿Entonces, respecto al prisionero...?

—Dejadlo libre —suspiré—. Tiene derecho a vivir el tiempo que sea. Como cualquiera de nosotros. Vigilado en todo caso. Pero dejadle suelto a bordo. Después de todo, él dijo la verdad...

Entré, cerrando tras de mí. Me acosté, una vez despojado del incómodo traje presurizado y climatizado.

Poco después, a pesar de todo, dormía profundamente.

Y soñaba con Gala. Con mi prometida, que tal vez había perecido también, a bordo del *Comet*, si el comando de turno tuvo más fortuna que Kenzo Sakaru.

CAPITULO V

Gala...

Había sido un hermoso idilio el nuestro. Lástima que ella fuese tan orgullosa y no cediera a tiempo. Eligió el viaje en el *Comet*. Oscar Parrish, su comandante de vuelo, era su *partenaire* ahora. O lo había sido, hasta que dejaron de existir en el espacio.

Si nosotros habíamos tenido un comando como polizón a bordo, ¿por qué no iban ellos a tener otro? Claro que si nosotros tuvimos fortuna en salvar la vida, ¿por qué no pudo sucederles lo mismo al *Comet*?

Intenté comunicar con ellos, cuando salí de mi cámara, tras el descanso. Stowen lo probó repetidas veces. Casualmente, era Zeenaquien actuaba de operadora. Obedeció mis indicaciones sin comentar nada. Pero era obvio que no le gustaba. Y tenía sus razones. A fin de cuentas, ella era ahora «mi chica». Y no parecía disgustarle el papel de compañera de mi vida espacial.

—Es preciso saber si estamos solos en el espacio o no —dije, a modo de disculpa, aunque comprendí que eso no convencía a nadie—. Las Estaciones todas están mudas. Incluso los satélites artificiales habitados. Sólo nos queda una esperanza: el *Comet*. Aparte de nosotros es la única nave regular en vuelo, en la actualidad.

Zeena no dijo nada. Siguió probando. Todo inútil. Se volvió a mí. Me contempló con seriedad.

—No hay respuesta —dijo, fríamente.

—Ya —me froté el mentón. Respiré hondo—. Me lo temía, Zeena.

—¿Te preocupa el *Comet*... o Gala Gaskell? —puntualizó, irónica, enarcando sus bonitas cejas rubias.

—Ambas cosas —dije con sinceridad—. Son seis vidas humanas. Las únicas, aparte las nuestras, que posiblemente queden ahora en el Sistema Solar. Por otro lado, Gala fue mi prometida. Íbamos a casarnos. Eso terminó. Pero es humano recordarlo. Y preocuparse.

—Sí, claro —dijo, mordiéndose el labio, con aire seco y hostil—. Todo es muy humano, Hasper. Especialmente tratándose de un

hombre y una mujer. Yo soy algo menos que esto último. Soy tu cobaya, ¿no?

—Estás diciendo tonterías —repliqué acremente.

—Es posible —se puso en pie. Le temblaba su carnoso labio inferior. Tenía húmedos los ojos—. Velda ¿quieres suplirme un momento?

—Claro —afirmó Velda—. ¿Te ocurre algo?

—Creo... creo que tengo jaqueca. Voy a tomar algo, —y rápidamente, pasó por mi lado, camino de nuestra cabina, que cerró de golpe, antes de que yo pudiera seguirla. Oí el chasquido del cierre eléctrico de seguridad.

—Celos de mujer —rió entre dientes Tazman, sacudiendo la cabeza, parado frente al visor externo de la nave—. Suena absurdo en estas circunstancias, ¿no? Sin embargo, *hay* algo que no podemos dejar de ser todos: humanos...

Puso su mano sobre el hombro de Sandra, su compañera de viaje científico. Ella oprimió aquella mano. Vi calor y ternura en el gesto. Medité sobre ello. Era posible que Zeena tuviera razón en su cruda observación anterior. Hasta entonces, Zeena, Velda o Sandra habían sido para nosotros poco menos que cobayas humanas, parte integrante de un experimento fríamente biológico. Y eran más. Algo más. Empezaban a ser, por otro lado, mucho más. Infinitamente más, tal vez...

Contemplé la puerta cerrada de la cámara donde Zeena se había metido. Pensé en llamar, en disculparme. No lo hice, después de todo. No era el momento oportuno. Me senté ante los mandos de la gran computadora que regía la marcha, rumbo y funcionamiento de la nave hasta en sus más mínimos detalles, así como el aprovisionamiento de energía eléctrica, la regulación de aire respirable, temperatura, presión y todo aquello de lo que dependía la seguridad de la nave *Galaxy*... y con ella, la nuestra propia.

Permanecí meditando largo rato, la vista fija en los tableros luminosos, donde iban cambiando constantemente los indicadores de la computadora, con millares de datos, cifras y símbolos matemáticos.

Recordé a Gala de nuevo. Recordé aquel día, en el cosmódromo gigantesco de donde iba a partir, inicialmente, la nave *Comet*. Y más tarde, sólo unos meses después, la *Galaxy*.

Recordé sus palabras, las mías. Su gesto, el mío...

* * *

—Gala, aún es tiempo. Renuncia.

—No.

—Sólo es preciso que vayas á la Torre de Control. Pide comunicación directa con el Director. Solicita la baja. Hay suplentes siempre a punto. De ambos sexos.

—¡No!

Apretó sus labios con el gesto que yo tan bien conocía. Contemplé sus rojos cabellos, su rebelde mirada verde, su figura menuda y esbelta, enfundada aquel atavío color magenta, tan ajustado a sus curvas de muchacha bien dotada por la Naturaleza.

—Gala, es una locura —traté de romper su muro negativo—. Oscar Parrish no será sólo tu comandante de vuelo y tu compañero de viaje... Será... será posible-mente el padre de tus hijos espaciales.

—Lo sé. Lo supe cuando presenté mi candidatura a esta clase de vuelos, Hasper.

—Es un disparate. Esto lo estropea todo. Yo no puedo quedarme esperándote, confiar en que todo esto pase como una simple experiencia biológica... y luego ser esposo aquí, en tierra firme.

—No te lo pido tampoco. Ni lo deseo. Debiste pensar eso mucho antes, Hasper.

—Gala, dentro de poco tiempo voy a ser yo el comandante de otro vuelo científico. Espera a ese viaje. Seremos compañeros. Podremos casarnos antes de iniciar el viaje. Y ésa sería nuestra luna de miel en el espacio...

—No, Hasper. Es tarde ya. No renuncio.

—Gala, eres la mujer más obstinada, orgullosa y absurda que he conocido —masculló con ira, zarandeándola.

Me miró, agresiva, irónica, Soltó una breve risa que me hizo más daño que un insulto. Y se desasíó de mí.

—Posiblemente sea todo eso, Hasper —dijo—. Pero si alguien tuvo la culpa de todo esto, ese alguien fuiste tú. Te deseo suerte en tu próximo viaje espacial. Y una compañera hermosa y complaciente...

Fue la última frase que le oí pronunciar. Me marché airado. Luego supe que el *Cometh* había despegado. Y que ella no renunció. Que ella viajaba ya por el espacio solar, en compañía de otro hombre, el comandante Oscar Parrish. Y de otras dos mujeres y otros dos hombres. En vuelo científico. Un vuelo que, definitivamente, alejaba a Gala Gaskell de mí.

Y para siempre.

* * *

—Gracias, señor.

—¿Eh? —me sobresalté, volviendo a la realidad. Mis recuerdos quedaron atrás. Miré al que había hablado—: Oh, es usted, Sakaru...

—Sí, comandante. Le daba las gracias.

—No tiene por qué hacerlo. Le di mi palabra. Se confirmó su declaración, y cumplí lo prometido. Es todo.

—Debe ser duro para usted perdonar a... un enemigo.

—Ya ni siquiera quedan enemigos —dijo amargamente.

—Lo sé. He oído referir lo... lo de Júpiter. Es realmente atroz, comandante.

—Olvidelo.

—No puedo, señor. Lo hizo uno de los míos. Un compatriota. Acaso un vecino. Alguien que defendía la misma bandera que yo.

—Llevaba un casquete electrónico, como usted. Estaba programado, Sakaru. No era mentalmente responsable.

—Todos somos responsables en parte de nuestros actos. Si hubiéramos pensado de otro modo, no sucedería esto. Fuimos cómplices de un sistema, de un modo de hacer las cosas que debiera haber repugnado a todo ser viviente.

—Es tarde para lamentarse de ello, Sakaru —sonreí con tristeza—.

La culpa nos alcanza a todos por igual. Tenía que suceder alguna vez, y sucedió.

Se cubrió los ojos con sus manos. Le oí apretar los dientes hasta que rechinaron. Su voz sonó apagada:

—No me perdonaré nunca. Ni les perdonaré a ellos. A mis hermanos, a mis padres, a mis gobernantes. A nadie, señor.

—Creo que eso les tendrá ya perfectamente sin cuidado —dije, encogiéndome de hombros.

—Claro. Pero mi conciencia se asquea, se horroriza. Ni siquiera merezco vivir.

—Vivimos, Sakaru. No sé por qué. Ni para qué. Pero se acostumbraba a decir que los designios de Dios son inescrutables. Tal vez todo esto tenga un objeto, nosé. Tal vez no sea sino una prórroga que nos han concedido caprichosamente, para terminar igual que todos. Sea lo que sea, no lo elegimos nosotros. Merecido o no, disponemos de un tiempo aún. No sé cuánto será. Nuestros sistemas de climatización y de aire respirable tienen sus límites. Si no repostamos, llegará el fin. Igual sucede con el agua, con los alimentos, incluso los concentrados.

—Yo soy una boca más —suspiró Sakaru—. Este tiempo me alimenté de mis cápsulas de hidratos y de alimentos concentrados, mis propias reservas, para que nada se advirtiera en los suministros de a bordo. Pero así lo agoté todo. No es justo que comparta sus víveres, su provisión de aire...

—Seis personas no son mucho menos que siete —comenté—. Soportaremos igual, más o menos. Si pudiéramos reponer provisiones de todo en alguna parte, la vida se podría prolongar sin problemas. Si no hay nada en ningún sitio, como parece... nuestro tiempo está limitado.

—¿Cuánto, aproximadamente? —se interesó el japonés.

—No sé, exactamente. Tal vez dos meses más. O quizá tres, alargando mucho las reservas. Más, imposible.

—Y ahí afuera... —señaló hacia los visores que miraban al negro exterior tachonado de estrellas; más allá de Júpiter ya, en un vuelo sin objetivó aparente alguno—. Ahí afuera, señor... nada ni nadie.

—Nada ni nadie —convine gravemente—. Hay que hacerse a la idea, Sakaru. Nadie contesta. No creo enaverías, sino... en el silencio

eterno. En el de los muertos, amigo mío.

En ese instante, sonó la voz de Glenn Stowen, agudamente, a mis espaldas:

—¡Doc, un momento! ¡Ven aquí, en seguida!

Me incorporé, sobresaltado. Miré hacia él. Tanto Stowen como su compañera, la bella y eficiente Velda Lane estaban inclinados sobre los controles de comunicación con aspecto de excitación. Fui hacia ellos con rapidez. Sakaru me siguió tímidamente.

—¿Qué sucede? —indagué.

—Doc, algo ocurre —susurró Stowen—. ¡Mira esto!

Miré. Velda estaba pulsando, insistente, repetida, muy chacona, casi rutinariamente ya los pulsadores de comunicación interplanetaria, en busca de alguna respuesta. Hasta entonces, no había tenido éxito alguno.

Ahora era diferente. Alguien contestaba.

El receptor estaba funcionando automáticamente. Sus pulsaciones pasaban a un computador que iba traduciendo, conforme al código especial de aquel viaje, mensaje recibido desde alguna parte del Cosmos.

La cinta perforada comenzó a deslizarse por el «lector» de códigos. Una pantalla se iluminó. En ella empezó a surgir, ya traducido y legible, el mensaje que llegaba al *Galaxy*:

«Estación Tierra U-3, contestando a nave *Galaxy*, misión «Biología». Estación Tierra U-3 contesta...

Nos encontramos bien. Hubo peligro de destrucción total, como en el resto de Estacionesterrestres del sistema solar. Estamos a salvo. Necesitamos ayuda. Disponemos de reservas cuantiosas de alimentos y toda clase elementos técnicos. Precisamos solamente personal médico para ayuda urgente. Atención, *Galaxy*. Os esperamos, Intentad llegar. Os necesitamos con urgencia. Enhorabuena por sobrevivir... ¡y suerte! Esperamos respuesta... *Jason Adams, comandante de Estación Tierra U-3.*»

La pantalla se borró. Obtuve febrilmente la copia fotostática del mensaje, arrancándola de la ranura de salida de la máquina. Releí el texto inesperado, esperanzados. Me sentí diferente.

—Estación Tierra U-3... —susurré lentamente—. ¡Urano! La gente ha sobrevivido... en el planeta Urano. Vamos allá, inmediatamente! Velda, responde a Tierra U-3, en seguida...

CAPITULO VI

—Urano...

—Sí. Urano. El último planeta con una Colonia terrestre. Urano. Un planeta a dos mil novecientos millones de kilómetros del Sol. Donde el año dura ochenta y cuatro años terrestres. De ellos, en los polos, cuarenta y dos años de día pálido y triste, y cuarenta y dos de la oscuridad de la noche. Con cincuenta mil kilómetros de diámetro, que viene a ser como tres veces y tres cuartos el terrestre... Y a unos ciento cincuenta o ciento sesenta grados bajo cero de temperatura habitual en la superficie...

—Dios mío, qué idea más poco halagadora quedarse a vivir en semejante lugar... —se estremeció Sandra Corey.

—Será mejor que flotar eternamente en el espacio —le recordé secamente a la compañera de Taxman—. Y morir en él sin medios de supervivencia.

—¿Se podrá sobrevivir en Urano, tal vez? —dudó Stowen.

—Existe una posibilidad. En todas las Estaciones terrestres hay máquinas generadoras de energía. Existen medios de producir aire respirable, agua, luz... Y medios de alimentarse durante años, mientras se intentan cultivos, aunque sea bajo luz artificial, imitación de la solar. Con cultivos vegetales, tendríamos más agua y más alimentos. Todo depende de cómo se encuentren los medios técnicos en Tierra U-3.

—Sí, entiendo eso muy bien —asintió gravemente Tazman—. Urano es una esperanza. Sin Urano, no queda nada.

—Nada en absoluto —convine.

Nos miramos en silencio. Zeena había salido, al oír las voces excitadas. No hizo comentarios a la nueva y esperanzadora situación. Sakaru comentó algo que le preocupaba:

—Sé que en Urano *también* había comando suicida, programado para destruir —dijo—. ¿Qué habrá sucedido?

—Debió fracasar —aventuró Velda Lane, con un suspiro—. Como usted...

—Ojalá haya sido así —musitó Sakaru—. No me gustaría que ese mensaje... fuese una *trampa*.

Nos dejó helados. Me incorporé despacio. Todos me miraron, esperando que yo me echara a reír. Pero no lo hice. Lo que había dicho Sakaru no era ninguna tontería.

—Una trampa... —repetí—. ¿Podría hacer eso uno de los suyos, Sakaru?

—Sí —afirmó él—. Pueden dominar pronto un código, un sistema cifrado de mensajes. Nos eligen entre personal especializado. Bueno, nos eligieron...

—El texto parece legítimo —habló Stowen, ceñudo.

—Lo *parece* —asentí—. Pero debemos confirmar si realmente, *lo es*.

—¿Existe medio de confirmarlo?

—Existe, sí —me dirigí a Sandra, que se ocupaba ahora de las comunicaciones—. Establece nuevo contacto con U-3. Pide las cifras-clave. Es algo que solamente los comandantes de puesto conocen. Si está cautivo de alguien y quiere revelarlo secretamente, alterara una sola cifra, y eso bastará para orientarnos. Si es otro quien comunica, no puede conocer las cifras clave. Es un código especial, para casos de la máxima emergencia.

—Pero pudo ser interrogado, sonsacado —aviso Sakaru—. Existen, incluso contra la voluntad propia, drogas de la verdad muy diversas...

—Las cifras-clave están por encima de todo procedimiento así —dije, sacudiendo la cabeza, en sentido negativo—. Se memorizan por un procedimiento psicomental. Quedan en el subconsciente. No se **RECUERDAN** siquiera.

—Entonces, ¿cómo se pueden repetir a nadie? —pareció perplejo Sakuru.

—Por medio de un sistema que sólo los comandantes de Estación conocen: la lectura del subconsciente a través de unas radiaciones especiales. Esas radiaciones tienen otra virtud: una vez citadas las cifras, éstas se borran de la mente. Se olvidan, en suma. Y no pueden ser repetidas. Es la prueba evidente de que el comandante, anteriormente, no reveló a *nadie* el código.

—¿Y para recibirlas...?

—Esto —señalé al computador—. Tiene registradas todas las cifras-clave en su «memoria» electrónica. Basta señalar la Estación correspondiente. La pantalla da la respuesta. Sandra, sitúa la Estación Tierra U-3, Planeta Urano, en controles. Y pide los datos

—Sí, Doc —afirmó ella, iniciando su tarea.

Esperamos. Pulsó la llamada. Hubo una pausa. La respuesta de Urano no se hizo esperar:

«Conforme. Voy a leer los datos subconscientes. Esperad que conecte el emisor de radiaciones de lectura.»

Transcurrieron dos o tres minutos. Zumbó el mecanismo electrónico. Estaba recibiendo ya la emisión de cifras. Todos contemplamos la pantalla sin luz. De súbito, ésta se iluminó. Apareció la respuesta de la máquina:

«Mensaje correcto. Cifras exactas. Sin alteración.»

Era suficiente. Respiré hondo.

—Dale las gracias al Comandante Adams —dije a Sandra—. Todo está bien. Y que perdone la desconfianza...

Sandra así lo hizo. La respuesta desde el planeta Urano, fue simple:

«No hay nada que perdonar. Medida muy inteligente para no ser engañados. Os esperamos impacientes.»

—Bien... —suspiré—. Rumbo a Urano, definitivamente. No hay nada que temer.

* * *

El sol era una remota y fría estrella ya.

La contemplé a través del visor, con gesto desalentado. El frío era casi perceptible para mí, aun dentro de la climatizada nave interplanetaria. Naturalmente era sólo una impresión, pero no podía sustraerme de ella.

Estábamos ya muy lejos de donde el sol produce calor, luz del día

intensa y confortante... Urano es visible frente a nosotros. Oscuro y brumoso también. Mucho menos gigantesco que Júpiter o Saturno. Con sus días y noches sombríos, neblinosos, que en los polos eran ya de una duración ingente. Siempre noche durante cuarenta y dos años. Siempre día —un día triste, gris, frío, apagado—, durante otro período de tiempo igual. Y en uno de sus polos, el Norte, se hallaba la Estación Tierra U-3, debido a su mejor situación para posarse o despegar con naves espaciales, así como para explorar el firmamento.

Teníamos todo dispuesto a bordo. Los trajes de presión, las escafandras, los equipos de oxígeno concentrado, útiles para varias horas... Y también, sobre todo equipos médicos, instrumental quirúrgico, medicamentos...

Contemplando el planeta Urano, uno se horrorizaba realmente, de que el único lugar actualmente habitable fuese aquél. Era como desplazarse a un mundo yerto e inhóspito, donde los humanos tendríamos que sobrevivir dentro de recintos herméticos, a salvo de los intensos fríos, la atmósfera de metano, de amoníaco, de elementos químicos cada vez menos tangibles y materiales. Y también menos tolerables por la naturaleza humana.

Desde Urano se nos fueron emitiendo instrucciones pausadas, para posarnos en su superficie lo más seguramente posible, y con menor consumo de energía de nuestros reactores a fotones.

Las seguimos al pie de la letra. Lentamente, penetramos en su atmósfera, densa y viscosa, hecha de gases y vapores casi dantescos. Franjas de luz y color fantasmal, nos rodeaban por doquier, invadiendo de luminiscencias extrañas las pantallas visoras, e incluso el interior de la nave.

Situados sobre los asientos especiales de despegue y descenso, dentro de los trajes espaciales, y con los sistemas de seguridad de a bordo compensando la presión exterior, la fricción sobre el fuselaje, y todos los problemas que entrañaba la inmersión en una atmósfera como aquélla, esperamos a que la maniobra concluyese.

Sakaru, con uno de los trajes espaciales de reserva, permanecía junto a nosotros, esperando el final de la dura prueba. Mis ojos se encontraron con los de Zeena. Ella me sonrió dulcemente.

—Te quiero, Hasper —la oí musitar por mi sistema de intercomunicación.

—Cariño... —susurré, en respuesta—. Gracias.

Nos sonreímos. Y cerramos los ojos. La presión se hacía insoportable, incluso dentro de la *Galaxy*, y con los sistemas de seguridad a toda marcha.

Finalmente, hubo un bramido, un choque, una poderosa vibración. Y nos quedamos inmóviles.

—Hemos llegado —dije roncamente—. Estamos ya en Urano, amigos míos.

SEGUNDA CRONICA

MÁS ALLA DE LA MUERTE

CAPITULO PRIMERO

«Es otra Crónica. La anterior, creo que concluyó al llegar a Urano. A miles de millones de millas del Sol. En el único planeta donde aún quedaba vida humana.

Aquella Crónica, abarcó el viaje en el *Galaxy*. Y el fin de nuestro mundo. Y la captura y posterior liberación del comando suicida que nos fue introducido a bordo. E incluso la exploración del vasto cementerio helado que era la Base terrestre en Júpiter.

Sí. Era la Primera Crónica. Esta es ya la Segunda.

La Crónica de Urano. De la Estación Tierra U-3. Y de lo que allí sucedió.

Creo que es lógico continuar de este modo el relato. Paso a paso. Momento por momento.

Va a ser más difícil esta parte del relato. Muchomás difícil, en realidad. Será como abordar otro aspecto de la cuestión. Otra cara de la moneda. El punto crucial de mi historia.

No sabíamos lo que iba a suceder en Urano. Ni siquiera si, realmente, podía suceder algo. Sin embargo los acontecimientos nos dieron la respuesta.

No. Nunca podré olvidar lo que allí ocurrió, lo que allí nos esperaba. Aun ahora, volviendo la vista atrás, mientras escribo estas Crónicas, me pregunto si pudo ser ello posible. Si, realmente, yo viví todo aquello.

La respuesta es, forzosamente, afirmativa. Sí. Viví todo aquello. Estuve inmerso en el horror. Vi frente a mí la máscara horrible de la Muerte. Y más aún. Algo que era peor que la propia muerte. Algo que estaba, incluso, más allá de la Muerte...

Eso era lo que nos aguardaba en Urano. Lo que ninguno podíamos imaginar, a bordo del *Galaxy*.

En la lúgubre, gélida, triste noche de Urano, viviríamos la más alucinante pesadilla imaginable.

Una pesadilla que, sin embargo, comenzó de un modo bien distinto. Con sonrisas, parabienes, alegría... y una cena suculenta, un auténtico banquete de bienvenida a la tripulación del *Gálatx*.

Un principio feliz, bien lejos de lo que luego sucedería en el oscuro y lejano planeta Urano, el de las noches infinitas y heladas, el de los largos, tristes y apagados días, a distancias increíbles del calor del sol...

Aquí está la Segunda Crónica.

Aquí empieza. Justo cuando el banquete de bienvenida estaba terminando...»

CAPITULO II

—¿Cansado, doctor?

—Un poco, comandante —suspiré—. La llegada, la emoción del recibimiento, las atenciones a esos heridos de la enfermería... Y finalmente, la cena, el licor... No estábamos habituados ya a estas cosas. Sólo a hidratos comprimidos, a alimentos concentrados...

—Lo imagino —sonrió el joven y risueño comandante Jason Adams, sacudiendo la cabeza. Su rizado cabello rubio se agitó, rebelde—. También he sido astronauta, hasta llegar a Urano. Sé lo que se echa de menos un auténtico manjar, una copa de vino o champaña, unas frutas frescas...

—Y de todo hubo esta noche aquí —sonreí, señalando la mesa bien provista aún, donde sobaban asados, frutas, licores, pan crujiente, ensaladas y salsa—. Es increíble, comandante. Me sentí por un momento como en la propia Tierra...

—Pero no estamos en la Tierra —suspiró Jason Adams, ensombreciendo su gesto—. Este mundo es muy diferente. No se pueden cruzar los límites de la Estación, bajo amenaza de muerte inexorable. El aire es veneno puro, el clima es gélido, el suelo está lleno extrañas formas de vida viscosa, de animales repugnantes y fríos... No, esto dista mucho de ser hermoso, doctor. Pero creo que es lo único que nos queda...

—En efecto. Los demás planetas tampoco son mucho más habitables. Las Estaciones están destruidas o averiadas definitivamente. Los ocupantes, sin vida. Y en Tierra, la contaminación durará siglos, aniquilando plantas, formas de vida orgánica de todo tipo...

—De modo que, entre todo lo malo... esto es lo menos malo de todo —murmuró resignadamente el comandante Adams—. Bien, doctor. ¿Qué me dice de los heridos?

—Espero que sanen pronto. Sufren heridas serias pero no mortales de necesidad. Las intervenciones quirúrgicas y los nuevos fármacos, les devolverán la salud en breve.

—Ha sido usted providencial para nosotros, doctor Craken.

—Pues imagine lo que esto supuso para nosotros cuando llegamos a creernos solos en el Universo —musité, mirando en torno—. Es... un oasis de vida y de esperanza, en el gran desierto de los mundos, comandante Adams.

—Una hermosa frase para una realidad no tan hermosa, aunque sí esperanzadora —comentó él, moviendo la cabeza. Miró a los comensales, tanto a mis compañeros, como a sus más directos e íntimos colaboradores en la dirección de la Estación Tierra U-3. Parecía repentinamente cansado y decaído—. ¿Qué piensa hace en el futuro, doctor?

—¿Cree que hay muchas cosas que uno pueda hacer actualmente? —sonreí, con fatalismo.

—Imagino que no. Depende de lo que ustedes elijan en realidad: pueden viajar por el espacio, tras reponer aquí sus pilas nucleares de energía y llenar su despensa, regresando alguna vez a repostar de nuevo... o quedarse en Urano a vivir. Son sus dos únicas posibilidades momentáneamente, ¿no es cierto?

—Sí, eso me temo —afirmé. Estudié al comandante Adams—. ¿Cuántos son ustedes aquí, exactamente?

—Sesenta y cinco personas, con exactitud, incluidos los heridos —explicó—. Éramos un centenar, pero algunos murieron de enfermedad. Otros, fueron muertos por un comando suicida, el que intentó destruir la Base.

—Tengo noticias de esos comandos —asentí—. ¿Qué fue de él?

—Murió. Logramos aniquilarle a él, antes de que nos aniquilara a nosotros —miró de reojo a Sakaru, y luego se inclinó confidencialmente hacia mí—. Debo advertirle, doctor, que su amigo oriental no ha caído muy bien entre mi gente.

—Lo entiendo. Pero ellos no eran responsables. ¿No observó en la cabeza del comando que les atacó a ustedes...?

—¿El casquete electrónico? —Adams meneó afirmativamente la cabeza—. Sí, lo observé. Sé lo que ello significa. Yo no tengo nada personal contra los orientales, aunque fuesen los que provocaren la guerra nuclear en nuestro planeta. Pero mi gente no piensa lo mismo.

—Sakaru forma parte ahora de nuestra tripulación. Lo que sucedió en la Tierra ya no debe contar paranosotros. No tiene remedio posible. Y debe servirnos de ejemplo y lección para terminar con

prejuicios, odio y rencores. O nunca aprenderemos.

—Si les convence a todos de eso que usted afirma, me sentiré feliz —suspiró Jason Adams, pensativo— Pero mucho me temo que no sea ése el caso.

Sirvió otra copa de licor, que acepté. Me ofreció cigarrillos. Fumé con fruición. Era como estar de nuevo en casa. Aunque fuese una sensación puramente ilusoria, no dejaba de sentirme a gusto allí, en aquella amplia cámara climatizada, de suave luz, bello mobiliario moderno y comodidades dignas de un palacio. Eso unido a la excelente cena —o comida, uno no sabía eso viendo siempre noche oscura encima de sus cabezas —hacía de la residencia del comandante Adams, en Tierra U-3, un lugar maravilloso. Al menos, para nos otros, nómadas del espacio.

Los cinco hombres que nos acompañaban en el banquete, eran sus más directos y fieles subordinados. De ellos, sólo conocía a dos que me habían sido presenta dos: el teniente Ed Skerritt, de las Fuerzas de Seguridad Espacial, y el técnico Todd Bordine, encargado de los sistemas de control de la Estación Tierra U-3. Los demás, eran funcionarios de Cibernética, o miembros de la Fuerza Civil Interplanetaria.

Después de la comida, me invitó a visitar la Base, Acepté. Los dos solos iniciamos el recorrido. Los destrozos del comando suicida no habían sido, afortunadamente, demasiado grandes. Había dos secciones bloqueadas para aislar la Base de cualquier contaminación o filtración exterior. Los muros de fibras plásticas, aislaban el resto de la Estación, de los sectores dañados, donde el índice de gases tóxicos era muy elevado, según pude leer en unos detectores electrónicos. Adams me refirió el asunto, mientras recorriamos las diversas secciones:

—Utilizó granadas explosivas. Logró reventar dos muros y una bóveda hermética. Por fortuna, funcionaron los sistemas de alarma automática, y se evitó el desastre. Los que intentaron reducirle, cayeron bajo los impactos de su arma. Fue un destroz horrible. Pero finalmente, el teniente Skerritt le alcanzó con un proyectil corrosivo. Perdió un brazo y una pierna. Intentamos hacerle sobrevivir a las heridas, pero fue en vano. Murió. Ahora está con los demás, con todas las víctimas de su ataque demencial.

Habíamos llegado a un punto curioso e inquietante: una amplia balaustrada, rodeando la terraza donde nos hallábamos, asomaba a una extensión circular, siniestra, oscura y lúgubre.

Un cementerio.

Había numerosas tumbas. Lápidas, cruces, fosas con nombres. Un panorama poco frecuente en nuestra civilización actual, donde la incineración y los depósitos de cenizas, suplieron hace muchos, muchísimos lustros, a los tradicionales, tétricos y poco prácticos recintos llamados «cementeros».

—¿Por qué eso? —indagué, curioso, señalando a mis pies, más allá del muro de vitrofibra que nos separaba del peculiar camposanto situado en Urano.

—¿El cementerio? —Adams sonrió, encogiéndose de hombros—. Parece que la gente, cuando está muy lejos de su mundo, añora lo que le es familiar. O, cuando menos, lo que significó algo tradicional en la historia de sus antepasados. Me rogaron que, si morían, dispusiera de algo más que un horno crematorio y una arqueta para cenizas. Preferían... ser sepultados, una vez muertos. En ataúdes normales, como hace décadas ocurría en nuestro mundo.

—Entiendo. ¿No se incineró a nadie, por tanto?

—A nadie. En Urano sobra terreno para cementerio. Fuera de este recinto, el aire es irrespirable, el ambiente puro veneno. ¿Qué más da que reposen ahí? Ve esos festones blancos en las cruces y lápidas, mi querido doctor Craken. Es hielo puro. Hielo cristalizado apenas una gota de humedad toca ese ambiente de más de cien grados bajo cero. No se puede vivir ahí afuera. Pero sí se puede reposar en paz... una vez muerto.

No dije nada. Al comandante Adams no le faltaba razón. Los muertos no necesitan aire respirable. Ni clima adecuado. El frío o el gas metano y el amoníaco de la atmósfera, no alterarían en nada sus tumbas, sus cuerpos, sus ataúdes allí sepultados, como en los viejos tiempos terrestres. Era un rasgó de sentimentalismo. Pero en aquel maldito planeta lejano y triste, todo parecía estar justificado.

—¿También las personas a quienes mató el comando oriental... reposan ya ahí? —quise saber.

—También —suspiró el joven comandante—. Y su matador, igualmente. Me pregunto si no terminaremos todos yendo a parar al mismo sitio.

—¿Qué importa el lugar? —rechacé, encogiéndome de hombros—. Después de morir, nada importa demasiado.

Jason Adams me miró en silencio. Movi6o afirmativo su rubia cabeza.

—SÍ —convino—. Eso es bien cierto, doctor...

Nos alejamos del poco agradable lugar. No pude evitar una última mirada a mis espaldas. Al muro de vidrio plástico que nos separaba del recinto anacrónico, destinado a los muertos. Sacudí la cabeza, pensativo.

—Espero que tarde mucho tiempo en llenarse otra fosa ahí... —comenté, sombrío.

* * *

Me equivoqué.

Esa misma noche —contando solamente las horas, porque «noche» era todo, durante cuarenta y dos años terrestres—, hubo una baja más en la Base. Sus ocupantes se redujeron a sesenta y cuatro personas. Setenta y una, contándonos nosotros siete.

Fue un hombre el que falleció. Un hombre llamado Clark Ingram. Yo le había operado aquel mismo día de terribles desgarros en su vientre y t6rax, a causa de una carga explosiva disparada por el comando suicida desplazado a Urano.

Había confiado en que Ingram se recuperase. Pero aunque la intervención quirúrgica resultó bien, su corazón le falló. Posiblemente tuviera su influencia la presión artificial de la Base, el ambiente externo, el aire artificial y todo aquello que convertía cada Baserrestre en los planetas en una especie de invernadero para seres humanos.

El colapso terminó con él, inevitablemente. Todos nuestros intentos por hacerle reaccionar, resultaron vanos. Certifiqué su muerte. Adams dispuso su entierro inmediato. Las más elementales medidas de asepsia e higiene recomendaban deshacerse de cualquier cadáver, dentro de una Estación planetaria.

Clark Ingram fue sepultado. Nunca olvidaré aquella extraña ceremonia, que casi me hizo recordar la alucinante escena del funeral en las profundidades del mar en aquella vetusta joya de literatura de aventuras que leyera en mi infancia, sobre veinte mil leguas de un

viaje submarino a bordo de un irrisorio y anticuado submarino nuclear.

Desde la vidriera gigante de la plataforma asomada al cementerio, asistimos, en la interminable noche uraniana, al acto de sepultura del hombre muerto.

Personal de la Base, con atavío negro, de material antitérmico, aislante y climatizado, con escafandra livianas, recordando también a livianos buzos de otros tiempos, se desplazó al exterior, bajo la atmósfera nociva, de metano y amoníaco, danzando en un delirante *ballet* sin sonido, allá entre jirones de nieblas pegajosas y lívidas, rodeando tumbas y cruces, lápidas y panteones.

A una fosa abierta, fue descendiendo el féretro que contenía a Clark Ingram. La tierra de Urano —paradoja en los nombres, pero no se me ocurría otra definición para el polvo del suelo, que siempre había sido «tierra» allá en nuestro mundo—, cayó sobre el féretro metálico. Alguien puso una lápida encima. Pude leerla desde mi emplazamiento en la tribuna lúgubre:

«A nuestro compañero Clark Ingram, víctima del odio de los hombres. Que más allá de la muerte, encuentre la felicidad auténtica que la vida mortal le negó.»

Era una extraña y enigmática dedicatoria. Un epitafio oscuro y pesimista. Los sepultureros fantásticos regresaron pausadamente hacia nosotros, por entre tumbas y jirones de brumas venenosas.

—Espero que Stella se salve, cuando menos —oí murmurar al comandante Adams.

—¿Stella? —me volví hacia él intrigado—. ¿Quiénes?

—Una de las muchachas malheridas que asistió usted en la enfermería de la Base. Era prometida de Ingram. Resultó herida por el saboteador, cuando pretendía alcanzar el proyector de rayos láser para dirigirlo hacia él. Quizá la recuerde. Es una muchacha rubia, con quemaduras en piernas y vientre.

—Sí, la recuerdo —afirmé—. La jovencita rubia de la primera cama de la enfermería, en la sala de mujeres—. Una muchacha... bueno... muy bien dotada.

—La misma —rió Adams, de buena gana—. El más amplio perímetro torácico que recuerdo haber visto jamás. Por fortuna, no resultó herida en el torso. Hubiera sido una pena.

—Estamos de acuerdo —asentí, risueño. Luego, movíla cabeza—. No parecía peligrar. Sus quemaduras no son graves. ¿O es que estaba tan enamorada de Ingram, como para que el dolor de esa pérdida pueda poner en peligro su vida?

—No, Dios no lo quiera —resopló el comandante. Me guiñó un ojo, significativo—. Es que... la chica me gusta. Es una lástima que quede libre por la muerte de su novio, pero ahora que no tiene compromiso..., me gustaría... er...

—Le entiendo. Veo que en Urano, afortunadamente, todo el mundo sigue siendo tremendamente humano, comandante. Empezando por usted —y reí de buena gana, entre dientes, quizá porque hablar de una mujer y de sus atractivos físicos, después de lo sucedido con Ingram, era como un sedante. Como algo que aliviaba la tensión, tras el sombrío funeral en el suelo lúgubre de Urano. Luego, tras una pausa, añadí pensativo—: De cualquier modo, no debe de temer nada. La muchacha, Stella, está fuera de peligro. Creo saber lo que digo, comandante. Para algo soy médico...

Estaba cometiendo un error en ese momento. Pero yo no podía saberlo.

* * *

Había un reloj especial en la Estación Tierra U-3. Ese reloj marcaba con un sol o una luna, junto a la hora, para indicar, conforme a la vida terrestre, si correspondía al día o la noche.

A las ocho de la «noche» supuesta, mientras afuera continuaba la eterna noche del remoto planeta, gravitando con su gélida oscuridad sobre los muros plásticos de la Base, atendía de nuevo a los heridos, entre los que sólo una baja se había producido: la de Clark Ingram, enterrado horas antes.

Entre los hombres heridos, no hubo novedad alguna. Las heridas cicatrizaban, y las quemaduras estaban también en período de recuperación. En la sala de mujeres, las cosas no resultaron tan halagüeñas, contra lo que yo podía esperar.

Empecé por la primera paciente. Leí su nombre en la cabecera del metálico lecho: Stella French. Aun sin leerlo, hubiera recordado que era Stella, la muchacha por quien se preocupaba Jason Adams, comandante de la Estación. Bastaba ver su cabello intensamente rubio,

sus voluminosos senos, por encima del embozo, marcándose bajo el tejido plástico de su indumentaria.

Me sorprendió su aspecto. Estaba mal. Muy mal, para lo que yo había esperado.

Débil, descolorida, vacilante. Su mirada, turbia, algo vidriosa. Como adormilada. La tomé el pulso. Apenas si me dirigió una leve ojeada indecisa, distante. Luego, se echó atrás, con un suspiro.

—No quiero... —jadeó—. No quiero...

La contemplé, intrigado. Para su estado de salud horas antes, el descenso había sido demasiado rápido y agudo. No era comprensible, clínicamente hablando. Tenía fiebre, su corazón palpitaba débilmente. Al auscultarla, cuidadosamente, bajo su poderoso seno izquierdo, capté un latido muy tenue.

—¿Qué es lo que no quiere? —indagué, perplejo,

—Morir... —susurró—. ¡No quiero morir!

—Criatura, claro que no —sonreí—. Nadie muere de unas quemaduras como las tuyas. Tendrá las señales algún tiempo. Luego, la piel se renovará... y todo volverá a estar bien.

—No quiero... ¡no quiero morir! —repitió, angustiada.

—No morirá, se lo garantizo —sonreí—. Es más. Ni siquiera peligra su vida. Pero debe cuidarse. No se debilite en exceso. Tome esto. Se sentirá mejor, ya vera.

Le hice ingerir dos cápsulas de energético, que tragó con dificultad. La oí sollozar ahogadamente.

—Por Dios, ayúdeme... —rogó entre dientes.

—Ayudarla? ¿A qué? —sonreí, inclinándome sobre ella. Enjuagué el sudor de su rostro, de su frente y mejillas—. Estoy aquí para ayudarla en todo, Stella. Dígame lo que quiere.

—Ayúdeme... contra él.

—¿El? —indagué, curioso—. ¿Quién?

—El... el Wurlok— la creí oír musitar.

—¿El... qué? —insistí, llegando con mi pañuelo esponjoso hasta su cuello, bajo la oreja y disponiendo-me a enjuagarle más transpiración.

—El... Wur...lock... —repitió, como si se asfixian lentamente.

—Doctor Craken, por favor. Es urgente. Deje a la paciente. Venga conmigo.

Me volví, sorprendido. La voz era autoritaria, dura, fría, casi dominante. Pese a todo, era una voz de mujer.

¡Y qué mujer, cielos!

Alta, severa, pálida, de negro cabello terso, de grandes y rasgados ojos negrísimos, centelleantes, fijos. Nariz recta, boca carnosa, facciones angulosas pero bellísimas... Y oscura indumentaria. Tan negra como la de los comandos suicidas. Pero ajustada femeninamente a su esbeltez, a sus curvas acentuadas.

—¿Eh? —indagué—. ¿Qué sucede? ¿Quién es usted?

—Dahlia Farrow —habló, serena, glacial la entonación—. Especialista en Bioquímica y Biología Cibernética en la Estación Tierra U-3, con grado de mayor del Ejército del Espacio. Colaboro con el comandante Adams en el mando de esta Base. Estaba de servicio cuando ustedes llegaron, en la zona del subsuelo, y no pude saludarle. Ahora le necesito, doctor Craken. Me dijeron que le hallaría aquí. Es urgente.

—¿Qué es lo urgente? —traté de puntualizar.

—El comandante Adams. Ha sufrido un colapso.

—¡Un colapso! —mascullé, asombrado.

—Eso es. Puede ser grave. ¿Viene, por favor?

—Claro —me incorporé, vacilante. Señalé a la joven Stella—. Pero mi paciente... está muy débil. Más de lo normal en su estado. Le ocurre algo que no entiendo. Le di un energético, pero parece asustada, hundida. Y tiene miedo a morir. Habló de algo... Está muy abatida...

—Bien, vendremos a asistirla apenas atiende al comandante. Por favor, doctor Craken, es de la mayor urgencia que vea a Jason Adams. Tampoco entiendo lo que le está sucediendo, pero sin duda alguna es algo que requiere apremiante asistencia médica.

—Vamos allá —miré atrás, a la rubia muchacha de los pechos exuberantes, y sacudí la cabeza, pensativo—. Volveremos en seguida. Me preocupa esa muchacha, señorita Farrow. ¿O prefiere que la llame

mayor Farrow?

—No, no lo haga —sonrió, severa—. Me gusta más recordar que soy mujer, que un grado en la Milicia, doctor Craken.

La seguí, para atender al comandante Adams, que sólo una hora antes me pareció pletórico de vigor, fuerzas y salud. En aquella Base sucedían cosas muy raras con la salud humana, ciertamente. Empezando con la muerte súbita de Ingram, el agravamiento de Stella Farrow... y ahora la inesperada dolencia del comandante.

Tal vez fuese el clima insalubre de Urano, acaso alguna filtración del veneno externo en la Base. No podía saberlo, pero empezaba a preocuparme.

Y eso que aún no había sucedido lo peor. Sólo que no faltaba mucho para ello.

CAPITULO III

—¿Mejor, comandante?

—Sí, gracias... —me miró, moviendo la cabeza, con abatimiento—. Cielos, no sé qué pudo sucederme, doctor...

—Perdió usted el conocimiento, Adams. Pudo ser un colapso, pero no lo creo.

—¿Qué, entonces? —se incorporó él en su lecho, mirándome fijamente.

—Acaso fatiga, agotamiento físico... —me encogí de hombros—. Me parecía usted un hombre entero, fuerte. No sé. Este planeta tiene algo raro, comandante.

—¿Raro? ¿A qué se refiere?

—Ya son tres hechos aislados, pero coincidentes: usted, Stella French, Clark Ingram... Uno ha muerto ya. Stella se ha debilitado extraordinariamente. Usted... sufre una especie de colapso... No, no lo entiendo bien del todo, comandante.

—¿Cree que algo pudo alterarnos, perjudicarnos acaso?

—No lo sé. ¿Ha comprobado los controles de salubridad en la Base?

—Por completo —se volvió a la morena e inquietante Dahlia Farrow—. Hemos examinado en todo momento los índices de climatología, pureza ambiental y esterilización interior, ¿no es cierto?

—Muy cierto —afirmó ella, serenamente—. No hubo un solo fallo. Ni lo hay.

—Entonces, no lo entiendo —murmuré, sacudiendo la cabeza—. Pero algo está sucediendo aquí. Intentaré averiguar lo que ello sea, de todos modos. Comandante ¿necesita algo más?

—No, gracias —suspiró él, entornando sus ojos apaciblemente—. Voy a descansar. Gracias por todo, doctor. Es posible que mañana todo sea diferente.

—Mañana... —fruncí el ceño, mirando al exterior-. Imagino que

mañana, todo seguirá igual allá afuera, Noche, oscuridad...

—Eso, estamos obligados a soportarlo durante cuarenta y dos años —sonrió tristemente el comandante Adams.

—Sí, lo sé... —me incorporé, caminé hacia la salida. Me detuve de repente, para volverme y preguntar con acritud—: Una pregunta, comandante: ¿cuánto tiempo queda aún de noche polar en Urano?

—Recuerdo que hace tres años que oscureció —dijo con una sonrisa sarcástica—. Aun antes, el día no era demasiado claro. Como un crepúsculo nuboso en la Tierra, tras un día de lluvia. Pero contando ese tiempo... nos faltan treinta y nueve años de noche incesante.

—Me lo temía —dije con un escalofrío.

Y le dejé al cuidado de Dahlia Farrow, en la cámara personal que, como jefe de la Base, le correspondía. Pero no me sentí nada tranquilo al ausentarme de allí.

* * *

—¿Cansado, Hasper?

—Sí, un poco.

Zeena acarició mis músculos del cuello, con un suave pero firme masaje. Me sentí relajado bajo su efecto. La voz de ella me llegó, envuelta en una sedante sensación de abandono:

—Quisiera que perdonases lo que te dije en la nave...

—Claro. No hables de ello. Está olvidado.

—No sabía lo que decía, Hasper. No fui justa contigo.

—Todos tenemos un momento de nerviosismo. Ya te dije que no tiene importancia.

—Aun así, hubiera preferido no hablar, no mencionar tonterías así.

—Hazte la idea de que no las mencionaste. Así pienso yo —respiré hondo, antes de añadir, muy despacio—: ¿Te encuentras bien, Zeena?

—Claro —dijo ella, sorprendida—. ¿Por qué habría de encontrarme mal?

—No sé. Aquí, la gente empeora de repente. Al menos, los que aquí viven. Empieza a preocuparme eso.

—Te aseguro que no noto diferencia entre mi llegada a Urano y este momento, si es eso lo que te inquieta.

—Entonces, sea ello lo que sea... sólo les ocurre a los que residen en esta Base habitualmente.

—¿Y qué les ocurre?

—Clínicamente, no tiene explicación. Un empeoramiento repentino. He estudiado los sucesos que tuvieron lugar aquí, antes de llegar nosotros. Hubo un saboteador, pero usó armas normales. No hay contaminación. No se filtra nada del exterior. Por tanto, hay alguna otra razón para que la gente cambie.

Zeena parecía desconcertada. No respondió a mis comentarios. Ni yo insistí en ellos. Pero anoté mis datos relativos a la temperatura y demás circunstancias de los pacientes que había atendido en mi corta estancia por si pudiera más tarde tomar referencias de todo ello. Zeena me preparó un café. Nos habían dejado toda clase de elementos alimenticios en cada cámara destinada a nosotros, los huéspedes de Tierra U-3. Tomé un sorbo, mirando pensativo a mi rubia compañera. Le sonreí.

—¿No tienes sueño? —indagué.

—Lo tenía. Pero se me ha quitado repentinamente.

—¿Por qué?

—Me gustaría saberlo. Es posible que la tensión de estas últimas fechas haya hecho mella en mis nervios.

—Sí, es posible —convine pensativo. Tomé otro sorbo de café. Luego, repentinamente, me puse en pie. Ella me miró, sorprendida. Me excusé—: Tengo algo que hacer. Si no, creo que no dormiría.

—¿Qué es, Hasper?

—Ver a una paciente: Stella French. Me preocupa su estado.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —sonreí—. ¿Desde cuándo te gusta presenciar consultas

médicas?

—Desde nunca —admitió ella, pensativa—. Es que, de repente, sin saber por qué... he sentido miedo.

—¿Miedo? —enarqué las cejas—. ¿De qué?

—Es lo raro, Hasper. No sé siquiera de qué —me miró, con sus grandes ojos claros muy abiertos—. Pero tengo miedo...

No hubiera sabido qué responderle. Pero, cosa extraña, encontré casi justificados sus extraños sentimientos. Y yo tampoco sabía por qué.

* * *

El sanitario de servicio nos contempló, perplejo.

—¿Cómo ha dicho, doctor? —indagó.

—Ya me ha oído —sonreí con cierta frialdad—. Vengo a revisar a mis pacientes.

—Lo lamento, señor. En la Estación impera el estado de emergencia. Después de las ocho de la noche, no hay autorización para circular por la Base, bajo pretexto alguno.

—Soy comandante de Fuerzas Espaciales —repliqué con acritud, mostrando mi distintivo militar en el uniforme—. Como tal, tengo ciertos derechos, enfermero.

—Pero solamente si el comandante Adams o la mayor Farrow lo autoriza, alguien puede...

—Ya basta —corté acremente—. Además de comandante soy médico militar espacial. Y miembro de la Sociedad Mundial de Salubridad Interplanetaria. Todo eso basta. Para mí no hay cortapisas de tipo legal o castrense en mis movimientos a cualquier hora. Retírese, enfermero. Y deje que cumpla mi tarea. Asumo toda responsabilidad al respecto.

—¿Por usted... y por su compañera? —señaló a Zeena, sarcástico.

—Mi compañera, enfermero, es ingeniero civil de Astronáutica. Y miembro de mi tripulación. Depende sólo de mi jurisdicción,

recuérdelo. Respondo por ella,

—Eso no basta. No puedo autorizarles. Incluso puedo apelar a la violencia si...

—Enfermero, mi compañera es, desde este mismo momento, y por nombramiento directo mío, para el cual estoy autorizado legalmente, conforme a documentos en mi poder, mi inmediato subordinado, con el cargo de capitán. De modo que a mí, comandante Craken, y al capitán Laren, está usted obligado a autorizarnos el acceso a la enfermería, le guste la idea o no.

Le desafié con la mirada. El hombre uniformado de amarillo pareció intimidarse de súbito. Se encogió de hombros, evasivo.

—Muy bien —masculló—. Allá usted con sus responsabilidades, comandante... Puede pasar. Pero todos los pacientes gozan de excelente salud.

No repliqué. Pasé ante los pacientes de sexo masculino. Los vi débiles, demacrados, macilentos. Podía ser efecto de la luz lívida, colgada del alto techo. Pero hubiera jurado que su estado empeoraba con rapidez,

Aun así, no me detuve con ellos. Con ninguno. Alcancé el acceso a la zona femenina de pacientes. Zeena, pegada a mí, no se desviaba un solo paso de mi trayectoria. Todo aquello parecía causarle, no sé por qué, una profunda impresión.

—Un momento —silabeó el enfermero, obstinado—. ¿Por qué precisamente va a ocuparse de las pacientes femeninas, comandante?

Estaba irritándome ya. Me revolví, enfurecido, pero me dominé al replicar, con voz helada y palabras secas, aceradas:

—Porque me parece bien, amigo. No se interponga o me enfadaré de verdad.

No se interpuso. Pero estaba seguro de que pensó en hacerlo. Algo, en mi aspecto, le obligó a cambiar de idea. Se retiró, molesto.

—Esto va a costarle caro, comandante —avisó—. No está usted en su nave...

No le hice caso. Seguí adelante, siempre con Zeena pegada a mis talones. Había pocas mujeres en los lechos de la enfermería destinada al sexo femenino. Solamente cuatro. De ellas, tres descansaban apaciblemente. Seguían dos lechos vacíos. Finalmente, estaba la cama

de Stella French, la muchacha rubia de pechos exuberantes.

Me quedé de una pieza. Cambié con Zeena una mirada aturdida. Señalé al lecho, vacío.

—No hay nadie —susurré—. Mi paciente, Stella French... estaba ahí. Justamente ahí... En esa cama vacía... Cielos, ¿qué ha sido de ella?

—Stella French ha muerto, comandante Craken —dijo fríamente, a mis espaldas, la voz inconfundible de DahliaFarrow.

* * *

Muerta...

Y era verdad. Sólo unas pocas horas más tarde. Pese a mi tratamiento de energéticos muy activos. Muerta...

No había dudas sobre eso. Contemplé el cadáver. Su cadáver, envuelto en una sábana blanca, impecable. Era ella, Stella French. Rubia, opulenta, magnífica de formas. Helada e inerte, rígida y cérea. Sin vida.

El cuerpo reposaba en una especie de cámara ardiente, sin ningún aspecto tétrico o espantable. Todo blanco alrededor. Todo, incluso ropas, túmulo, velones... El negro parecía desplazado en los funerales, allí en Urano. Stella French parecía dormida. Pero sus pechos macizos y erguidos no se agitaban lo más mínimo. Estaba muerta. Y bien muerta, por cierto. Yo era medico. Podía asegurar tal cosa, sin temor a error posible.

—¿Por qué? —indagué—. ¿Por qué depositaron aquí el cadáver? ¿Por qué no me avisaron del óbito? Creí que necesitaban médicos en Urano.

—Seguimos necesitándolos, comandante Craken —habló serenamente la morena y rígida Dahlia Farrow—. Pero no era cosa de molestarle con una insignificancia...

—¿Insignificancia? —protesté—. ¿Llaman insignificancia a la muerte de un ser humano?

—Doctor Craken, usted, evidentemente, no ha visto morir a tanta gente como nosotros —replicó ella, glacial—. En sólo una hora, más

de treinta muertos se agolpaban ante nuestros ojos horrorizados.

—Sí. Y en seis horas, en la Tierra, miles de millones de seres formaban las piras funerarias más gigantescas de la historia del mundo —rechacé, agresivo—. Eso no significa nada. Ella era una enferma, una mujer herida, una paciente. No corría peligro su vida. De repente, la vi debilitarse. Luego, la veo muerta. ¿Por qué, señorita Farrow?

—¿Cree que yo tengo alguna respuesta? —sonrió ella, desdeñosa.

—No lo sé. Pero ella no quería morir —señalé su cadáver, con índice rígido, casi acusador—. Quería que la ayudase yo. Contra la enfermedad. Contra la muerte. Y contra... contra él...

—¿El? —Dahlia sonrió con su aire frígido y distante. Parecía burlarse de mí—. ¿Quién, doctor Craken?

Impulsivo, tajante, repliqué a su pregunta. Se lo dije sin rodeos:

—El Wurlok —recordé—. Es lo que ella dijo. Y me gustaría saber, señorita Farrow, qué es un Wurlok.

Una voz respondió a mi espalda, glacialmente:

—Es un ave, doctor. Un ave, un pájaro. Y también un hombre... Todo depende de cómo se miren las cosas. Podríamos decir que es un hombre-pájaro. Una especie de hombre-murciélago. Lo que se llamó hace siglos en nuestro planeta... un vampiro.

Me volví. Zeena gimió, a mi lado.

Era el comandante Adams quien había hablado. Rubio, pálido, erguido como un espectro. Además, de su garganta, corría algo hacia su torso. Dos regueros de roja sangre, procedentes de dos orificios como taladrados por colmillos afiladísimos.

CAPITULO IV

Vampiros.

Una idea absurda. Ridícula. Y escalofriante a la vez.

Zeena gritó roncamente. Corrió hacia el cuerpo envuelto en blanco tejido, el cuerpo de aquella mujer rubia e inerte, la voluptuosa y bien dotada Stella French.

Tiró abajo de la prenda blanca que la cubría. Su cérea desnudez reveló solamente la prominencia insólita de sus pechos. También reveló una señal idéntica a la del pálido y fantasmal comandante Jason Adams, de la Estación Tierra U-3, en Urano.

¡Dos orificios en la garganta! Y sangre resbalando de ellos. Sangre seca ya, en doble reguero.

Recordé que iba a examinar su cuello cuando me interrumpiera aquel mismo día la misteriosa dama de ropas oscuras, Dahlia Farrow. Recordé también la extrema debilidad de la paciente, la muerte súbita de Ingram, el colapso extraño de Adams...

—Vampiros... —repetí, con voz rota—. Dahlia... Adams... Ustedes, Todos... Son... son vampiros...

—Suenan ridículo —rió ella entre dientes—. Es el nombre que nos da la gente, comandante Craken. Usted es un médico. Un hombre de ciencia. No debería caer en la vulgaridad. No debe pensar en ajos, en muérdagos, en signos de la cruz y tonterías de esa clase. No, no somos vampiros... Somos... lo que ella temía.

—¿Wurloks? —insinué.

—Es un modo de llamarnos —dijo Adams, hierático—. Como cualquier otro. Wurlok. El nombre tiene origen ruso, eslavo... Una mezcla de wurdalak y de vrolok. En ruso o eslovaco... hombre-lobo... vampiro...

Soltó una carcajada larga, sarcástica. Me desagradó profundamente. Zeena se abrazaba a mí, frenética, horrorizada. Frente a nosotros, tres formas distintas, terribles: el cadáver céreo de Stella, los cuerpos erguidos de Adams y de Dahlia... ¿Cuánto tardaría ella, Stella, la rubia y exuberante Stella, en convertirse en Wurlok o

vampiro?

La leyenda lo decía. No sabía seguro si Urano era como Transilvania o las tierras eslavas. No podía estar seguro, pero algo me decía que sí. Ingram, Stella... todos los muertos. El cementerio vecino, las lápidas, las cruces...

Vampiros.

—No, doctor Craken —insistió Dahlia, con su obsesiva mirada negra, de azabache vivo, fija en mí—. Los vampiros son aves. Sólo eso. Nosotros... nosotros somos algo más. Mucho más. Somos... los no-muertos.

Los no-muertos. Los siempre-vivos. ¿Qué importaba el nombre, la definición exacta? Eran aquellos que morían, para no morir jamás. Una forma horripilante de vida eterna. Una leyenda iniciada en el pasado remoto, allá en un lugar supersticioso de nuestro planeta. Una personaje-mito.

Drácula.

Daban ganas de reír. Eso no tenía sentido ni lógica. Científicamente era imposible.

Pero allí estaban: dos seres extraños, inquietantes. ¿Vivos, muertos...? Sólo Dios sabía eso.

—No puedo entenderlo —musité. Les miré fijamente, sin terror. Pero también sin serenidad. Sin esperanzas, casi—. ¿Qué ocurre aquí?

—La guerra tuvo la culpa, doctor —dijo fríamente Jason Adams—. Todo lo alteró. Lo cambió, rompió la armonía. Sucedió algo. El comando suicida murió, es cierto. Pero no sin causarnos un gran mal. Rompió una parte de nuestra cúpula protectora. Un wurlok entró.

—¿Qué es un wurlok? —insistí.

—Un ave extraña —era Dahlia, la inquietante, enigmática, helada Dahlia, quien respondía a mi pregunta. Sus ojos eran dos negros abismos imposibles de profundizar—. Una especie de gigantesco murciélago, mitad ave, mitad humanoide. Habita en Urano. Respira gas letal. Pero vive en él. Entró. Nos atacó. Ahí empezó todo.

—¿Una forma de... epidemia? —sacudí la cabeza—. ¿Vampirismo... planetario?

—Algo así, es cierto —afirmó Jason Adams con voz helada. Me

sonrió, igual que podría haber sonreído una máscara o un esqueleto, de serles posible sonreír por sí mismos—. Absurdo para un médico moderno, ¿no es cierto? En la era espacial, en el dominio de los planetas... el retorno al oscurantismo de otras épocas... Los no-muertos, Doc...

—O los que nunca mueren... ni viven —repliqué, sibilante—. ¿Por qué, Adams?

—No lo sé —me miró, con fosforescentes, raros ojos taladrantes—. Seguimos siendo nosotros... en un estado supremo. Más allá de la Vida y de la Muerte... Doc, no puedes hacer nada. Ni ella tampoco.

—¿Ella? —miré a Zeena de soslayo, inquieto. Sentí que se aferraba a mí, desesperada. ¿Qué queréis decir?

—Es inútil luchar, Doc. Aquí, en Urano... Todos somos vampiros. Todos, en realidad... Estamos muertos desde antes de llegar vosotros.

Era increíble.

Pero yo sabía que era verdad. Trágica, terriblemente verdad.

* * *

Creo que jamás vi mayor terror en unos ojos que en los de Zeena ahora. Y, sin embargo, estábamos a salvo. Momentáneamente a salvo, cuando menos.

Aseguré la puerta, jadeante. La miré. Ella me miró a mí. ¡Cielos, y con qué ojos de pavor, de angustia, de alucinado pánico a lo que presentía allí, muy cerca de nosotros aunque invisible por el momento!

—No servirá de nada, Hasper —gimió—. ¡De nada!

—Calla —corté seco—. Serénate. No podemos perder: el control de nosotros mismos. Por el momento, estamos a salvo.

—A salvo... —miró, patética, a la puerta recién encajada—. ¿Servirá de algo todo esto? Muros, puertas, huecos encajados... ¿Por dónde entrarán ellos?

—De momento, por ninguna parte —suspiré—. El cierre eléctrico actúa desde dentro. Lo he desconectado. Sultos esos cables, nadie

puede abrir esa puerta. Ni las hojas de metal de las ventanas. Estamos aislados. A salvo.

—¿Por cuánto tiempo? —me preguntó Zeena, angustiada.

—No lo sé —confesé—. Supongo que alguna vez terminaremos el agua, las provisiones concentradas. Y tendremos que salir de aquí.

—Nos han dejado escapar, llegar a esta cámara, encerrarnos — Zeena reveló incertidumbre, tensión—. Ni siquiera intentaron detenernos. ¿No significa eso que están... seguros de capturarnos, tarde o temprano?

—Sí —afirmé gravemente, sin rodeo alguno. Incliné la cabeza—. Me temo que sí, Zeena. Ellos están seguros de algo que nosotros hemos de impedir. O intentarlo, cuando menos.

—Hasper, ¿qué crees que ocurre realmente aquí?

—Ya te lo dijeron ellos mismos. Y no nos engañaban en absoluto. Algo, una especie de monstruo de este planeta, mitad pájaro, mitad humanoide, se introdujo aquí. Mordió a alguno de ellos. Y ahí empezó todo. Debe ser como un virus. No estoy de acuerdo en las viejas teorías del vampirismo. Se trata de algo más científico. Una epidemia, un contagio virulento. Cada uno de los mordidos muere. Y resucita convertido en otro vampiro. Es una cadena.

—Hasta que todo el mundo sea vampiro... —gimió Zeena.

—Eso me temo —sonreí amargamente—. Por desgracia... somos muy pocos ese «todo el mundo» actual que has mencionado. Los heridos que, paulatinamente, se convierten uno a uno en wurloks o vampiros... y luego finalmente... nosotros siete.

—Cielos, Hasper. ¡Es preciso avisar a los demás!

—Es lo que estoy intentando —dije, mostrándole el disco casi plano que nos servía de contacto entre nosotros, al abrir la palma de la mano—. Pero no sé lo que sucede... que nadie responde.

—¿Temes que hayan podido...?

Dejó su pregunta en el aire. Yo entendí su tremendo significado. Afirmé, grave mi tono:

—Sí —convine—. Temo que hayan podido... inocularles el virus de los no-muertos...

En ese instante, mientras Zeena se mantenía silenciosa, alguien golpeó la puerta de nuestra estancia herméticamente cerrada cuando huimos a la carrera de la enfermería.

Zeena gritó roncamente, asustada. Yo me mantuve rígido, la mirada fija en la hoja herméticamente ajustada.

La llamada se repitió.

* * *

—¿Quién es?

Mi pregunta sonó junto a la hoja metálica de la puerta. Durante unos segundos, esperé una respuesta desde el otro lado. Tardó en producirse.

Cuando me llegó, identifiqué en el acto aquella voz:

—¡Doc, por el amor de Dios! ¡Abre! ¡Necesito entrar, sea como sea!

—Stowen... —susurré, indeciso—. ¿Qué sucede?

—Cielos, no podrías entenderlo... No así. ¡Necesito estar ahí, hablarte! ¡Es vital, Doc! ¡Nos jugamos nuestras vidas, las de todos!

—Creo que sí te entiendo —susurré—. Y muy bien, además.

—¡Entonces, por favor, abre! —casi imploró, patética, la voz de mi compañero Glenn Stowen—. ¡O esa gente me... me cazará!

—Escucha esto, Glenn —mascullé con aspereza—. Si te refieres a lo mismo que yo, sabes lo que está sucediendo. ¿Cómo puedo fiarme ni siquiera de ti?

—Oh, no seas loco, Doc. ¡No soy uno de... de ellos! -jadeó—. ¡Me persiguen, me están acosando, pero creo que les he burlado momentáneamente! ¡Voy con traje espacial, les hice creer que salía del recinto, dejé abierta una salida al exterior, desconecté los detectores interiores! ¡No pueden saber que estoy aquí ahora! Pero si no entro, si no me acogéis vosotros... ¡estoy perdido!

—Todavía una pregunta, Stowen —murmuré, con astucia—. ¿Cómo supiste que nosotros estábamos encerrados aquí?

—No lo sabía, Doc. Lo intenté, simplemente... ¿Es que no te das cuenta? Trato de explicarte algo... algo horrible. Tazman... Velda... Sandra... ¡Todos son ya... vampiros!

Me estremecí. Cambié una mirada de horror con Zeena, que tembló, muy pálida, pegada a mí. La oí susurrar:

—No deberíamos abrir, Doc. Es nuestra seguridad... Pero sería monstruoso que Glenn, si realmente sigue siendo él... fuese presa de esos monstruos.

—El dilema es grave—jadeé—. ¿Abrimos... o no?

Zeena vaciló, trémula. Fluctuaba entre el terror y el sentido de camaradería y humanidad. Afuera, la voz imploró, ronca:

—Por Dios, Doc... ¡Pronto, o no habrá remedio para mí...!

Nuestras dudas eran tremendas. Pero recordé a Stowen, recordé nuestro viaje en el *Galaxy*. Y tomé una determinación. Arriesgada, suicida acaso. Pero la tomé.

Hice la conexión súbita de los cables. El sistema eléctrico de la puerta funcionaba. Pulsé el botón de apertura. Sabía lo que me jugaba. Pero no me importó. Esperé, tenso, en tanto cedía la hoja metálica, con un zumbido.

Apenas hubo un boquete angosto, Glenn Stowen penetró por él brusca, violentamente. Cayó de bruces en medio de la sala. Me gritó, con voz quebrada, llena de excitación:

—¡Cierra, cierra ya! ¡No les des ninguna oportunidad, por lo que más quieras...!

Cerré. Afuera sonaba un rumor de pasos, pero no llegué a ver a nadie. Apenas se volvió a ajustar la hoja metálica, desconecté el sistema de cierre, en previsión de cualquier riesgo inminente. No sucedió nada. No sentí a nadie. No capté a persona alguna, al lado opuesto de la hoja hermética.

Stowen sollozaba ahogadamente, desde el suelo. Se volvió a mí, patético.

—Oh, Doc... —gimió—. Creí que lo ignorabas... Fue Velda... ¡La propia Velda, mi compañera! ¡Intentó convertirme en... en uno de esos seres horribles...! ¡Escapé de ella, vi con horror sus señales en la garganta, vi a los demás, esperando, acechando, sonrientes y sin prisa...!

—Sí, Glenn —afirmé—. Son vampiros. Una epidemia. Un virus de este planeta. Todos están muertos. Pero tú sabes... Los vampiros... los vampiros nunca mueren realmente. Al menos, mientras es de noche. ¡Y en Urano, hay cuarenta y dos años de noche sin fin!

Zeena se adelantó. Le señaló, casi acusadora. La oí pronunciar las palabras, con tono áspero, agresivo:

—Espera, Stowen. Antes, la prueba. ¡Descubre tu cuello, pronto!

El la miró. Me miró a mí, indeciso, sin incorporarse aún del suelo.

—Sí —dije, calmoso—. Obedece a Zeena, Glenn. Tu cuello, vamos. Quiero estar seguro.

El obedeció. Se bajó la prenda espacial, climatizada. Pudimos ver su cuello, limpio de toda señal.

—Está bien —murmuré—. Eres tú aún. Ahora, hablemos. Hay que hacer algo. Sea lo que sea. Cualquier! cosa, menos resignarnos a perecer, a ser un... un muerto-vivo.

—¿Hay algo, realmente, que se pueda hacer, Doc. —dudó Stowen.

—No lo sé —confesó—. Pero cuando menos... debemos intentarlo.

CAPITULO V

Y lo intentamos.

Estábamos intentándolo ya.

Stowen y yo habíamos corrido el gran riesgo. Zeena nos esperaba. Con rígidas instrucciones al respecto. No debía abrir la cámara bajo ningún concepto. A nadie. Incluso a nosotros, debía hacerlo previsoramente, tras comprobar que, realmente, no volvíamos convertidos en otra cosa diferente.

Ahora, Stowen y yo estábamos en el exterior. Fuera de la protección de aquella hermética puerta. Caminando, cautelosos, por los corredores desiertos de la Base. Evitando cruzar ante cualquier ojo electrónico que nos pudiese detectar. Sin dar un solo paso en falso. Si es que no lo estábamos dando ya, y bien gigantesco, al arriesgarnos por aquellos lugares donde la amenaza era algo latente, que podía surgir en cualquier momento, en forma de personas aparentemente normales, humanas y amables, de aspecto correcto, como el nuestro. Pero con su sangre inoculada por aquel extraño virus del ave-hombre, el misterioso wurlok de Urano.

—¿Qué sabemos exactamente nosotros sobre vampiros, Doc? —musitó Stowen, en una ocasión en que nos detuvimos, con el oído tenso, al percibir un cercano ruido de pisadas.

—Poca cosa —musité, encogiéndome de hombros—. Nunca fue tema que yo tomara realmente en serio, Glenn...

Enmudecimos. Ocultos en un ángulo de un corredor rectilíneo, blanco y aséptico, vimos cruzar frente a nosotros al teniente Skerritt y a otro hombre de la dotación desplazada a la Estación Tierra U-3. Caminaban rígidamente, la mirada fija al frente, algo vidriosa, Su tez era muy pálida, el gesto inexpresivo.

Eran miembros de la extraña y terrible legión de contaminados, estuvimos bien seguros de ello. No nos vieron ni nos captaron. Stowen y yo cambiamos una mirada de fría desesperación.

—Es horrible —comentó entre dientes—. Estamos rodeados de esa gente, Doc...

—Me temo que estamos completamente solos aquí —asentí—. Y

ellos, en el fondo, no tienen mucha prisa. Saben que, tarde o temprano, caeremos en sus redes.

Stowen se estremeció. Le vi asentir, abatido.

—Eso es terriblemente cierto, Doc —admitió—. No tienen prisa, malditos sean. Somos como náufragos en un océano. Como zorros acorralados en un coto de caza, sin salida posible. Ni siquiera necesitan venir a por nosotros. Fatalmente... nosotros terminaremos por ir a ellos.

Seguimos adelante. Había silencio y quietud en torno. Es posible que algunos de ellos estuvieran descansando... si es que descansaban alguna vez. Mis escasos conocimientos sobre la materia, me hacían recordar que, mientras fuera noche y la luz solar no tocara sus cuerpos, ellos, los vampiros, conservaban su aparente vida. Sólo con el amanecer, volvían a sus féretros, para esperar de nuevo la noche.

Pero eso era en la Tierra. O al menos, en las leyendas que circularon por la Tierra en otros tiempos, cuando había lugar para supersticiones y fantasías. Cuando el hombre aún creía en lo sobrenatural. Ahora estábamos en Urano, en una época supertecnológica y materialista hasta la exacerbación. En un momento en el que solamente vivíamos en el Sistema Solar un puñado de seres.

Y, maldita sea, de ese puñado escaso... ¡solamente una mínima parte éramos normales, mientras los demás eran... vampiros!

No se podía decir que estuviéramos de suerte, ni que la Providencia se acordara demasiado de las pobres criaturas humanas. En realidad, me pregunté si nos lo habíamos llegado a merecer alguno de nosotros.

—Entre las pocas cosas que creo saber de los vampiros, Doc... está esa legendaria teoría de que una estaca hincada en su corazón puede terminar con sus vidas —comentó Stowen secamente—. Bueno, con sus vidas... o lo que ello sea.

—Sí, recuerdo ese detalle —suspiré con escepticismo—. Dudo que encontremos aquí estacas. Y dudo que esta clase de vampirismo sea idéntico al de las leyendas de Transilvania, amigo Glenn.

—En aquel caso, también era una especie de epidemia o contaminación. El que era mordido, succionado por un no-muerto, pasaba, a su vez, a ser otro de ello: Como la fábula del hombre-lobo, que si mordía a otro ser, le inoculaba su propia maldición.

—Estamos hablando de tonterías, Glenn —protesté—. Somos técnicos, hombre de ciencia, no niños ni espectadores de un programa de televisión.

—Entonces, explícame lo que ocurre aquí —hubo sarcasmo en la voz de Glenn.

—No creo que estemos ante una leyenda ni una maldición. Tiene su explicación rigurosa, científica, perfectamente material: en Urano, existe una especie de ave, una mezcla de murciélago y humanoide. Al morder a cualquier ser viviente, le inyecta en la sangre algo, que puede ser un veneno, un virus o lo que sea. Ese virus se desarrolla. Mata, en cierto modo, lo que de humano y racional tiene cada succionado. Y pasa, a su vez, tener las características de vampiro que posee el extraño animal que provocó la epidemia.

—Estamos conformes en eso —suspiró Glenn Stowen—. Lo que trato de buscar es... el antídoto, el arma contra ellos que, ferozmente, debe existir. Por eso le doy vueltas al tema de los otros vampiros, los que conocemos en la Tierra como una ficción imaginada por las supersticiones y los ignorantes. Tal vez en eso esté la clave.

—Tal vez. Pero, ¿dónde? —sacudí la cabeza, pensativo.

Glenn Stowen no respondió. Yo tampoco insistí en la pregunta. Repentinamente, como guiados por un secreto instinto, o acaso por puro azar, habíamos llegado al punto donde la cuestión de los vampiros, de los muertos sin descanso, como los llamó siglos atrás un irlandés llamado Bran Stoker[1], allá en la Tierra, cobraba una trascendencia y un simbolismo muy por encima de lo humano y lo material. Donde la interrogante se convertía en una imagen tétrica y escalofriante.

El cementerio.

Estábamos ante el mismo cementerio brumoso, oscuro y sombrío, que viera al ser sepultado Clark Ingram, el paciente misteriosamente muerto de repente. Entonces, cuando el fantasmal entierro en el exterior, todo eso no tenía sentido ni trascendencia alguna para mí. Ahora, era diferente. Muy diferente.

—El cementerio... —susurré—. Mira, Glenn. ¿Estará ahí la respuesta?

—No sé —se estremeció Stowen, contemplando las lápidas, las cruces y tumbas, dispersas bajo la noche casi eterna de Urano, en aquel paraje desolado y fantasmagórico, de nieblas y de brumas

viscosas, posiblemente de gas amoníaco y de metano letal—. Aun así, ¿cómo llegar hasta él?

—Buscando una salida —sugerí—. Llevamos nuestros trajes de presión. No portamos las escafandras de seguridad, pero sí las flexibles de emergencia, en nuestros bolsillos herméticos. Valdría la pena intentarlo.

—Salir al exterior, al aire venenoso de Urano... —jadeó Stowen—. ¿Y si no podemos regresar al interior de la Base? ¿Qué será entonces de Zeena?

—No sé. Pero sí sé lo que va a ser de Zeena, de tí y de mí, si no intentamos algo desesperado.

—¿Esperas encontrar alguna solución afuera, en el cementerio?

—No. Pero cuando menos, pretendo buscar esa solución, dondequiera que pueda estar, ¿no lo entiendes?

—Está bien —suspiró—. Busquemos la salida. Y que Dios nos ayude, Doc.

—Falta va a hacernos —suspiré, hurgando en los bolsillos herméticos de mi atavío espacial.

Extraje la bolsa plástica plegada, idéntica a la que ya Stowen tenía entre sus dedos. Eran de un material que, apenas puesto en contacto con el exterior, se hinchaba y endurecía, adquiriendo una forma de globo transparente, como de vidrio. Un tubo especial, que seajustaba exactamente a los planos depósitos de emergencia de nuestras espaldas, conteniendo una dosis de oxígeno concentrado capaz para algunas horas, permitía respirar dentro de aquel envoltorio el aire respirable.

Momentos después, estábamos equipados para arriesgarnos a salir. Pero, ciertamente, no había salida aún. El gran panel transparente, asomado al cementerio, era como un muro de granito, pese a su aparente fragilidad.

—¿Y ahora...? —masculló Stowen. Su voz me llegó por el sistema auditivo de las escafandras de urgencia.

—Ahora, a buscar la salida —murmuré, pensativo. Descendimos de la plataforma o terraza desde laque se dominaba tan perfectamente aquel cementerio, hecho a imagen y semejanza de los viejos camposantos terrestres. Ahora entendía yo el porqué de haber suprimido los crematorios y la conservación de cenizas.

Ellos preferían sepultar cadáveres intactos. Cadáveres que, más tarde, si las cosas sucedían como nosotros sospechábamos, volvían a levantarse en sus tumbas, para convertirse en los no-muertos, o vampiros de Urano.

Seguía sin aparecer nadie en derredor nuestro. El silencio en toda la Base, era inquietante. La ausencia de personas, también. Me pregunté qué estaría sucediendo ahora con «ellos».

Stowen hizo un gesto excitado. Acudí junto a él.

Lo había descubierto. No era una salida exactamente. Era un parche, una reparación de emergencia, en un muro plástico lesionado sin duda por la agresión delcomando suicida que atacó la base de Urano, como todos sus compañeros atacaran antes en diversos puntos del Sistema Solar, apenas declarada en el orbe la guerra Oriente-Occidente.

—Son soldaduras plásticas de urgencia —señaló Stowen—. Un chorro de calor normal lo derretirá.

Toqué aquel punto, asintiendo. Parecía ser como él decía. Si abríamos un boquete para salir, el aire interior sufriría una alteración. Y sonaría la alarma de tales casos, avisando del fallo. Pero no había otra solución para nosotros.

Extraje un tubo de termocápsulas. Apliqué la herramienta al material plástico. Presioné en su parte posterior.

Brotó una línea sutil, rojo incandescente, que apenas tocó el plástico de la soldadura de urgencia, comenzó a derretirlo, en goterones como de cera fundida. La pieza de material plástico quebrado, se desprendió del lugar donde fuera adherida. Se formó un boquete. Entró un jirón nuboso, color gris sucio...

Brillaron luces rojas dentro de la Base. Allá, en alguna parte, vibró una sirena de alarma, al detectarse inmediatamente la vía de evasión del aire respirable del interior. Stowen y yo no esperamos más.

Cruzamos el angosto hueco. Nos perdimos a la carrera, por entre las nieblas exteriores. Agazapados, hasta alcanzar las vallas del cementerio y las filas de lápidas y de cruces, que nos servían ahora de refugio.

Nos tiramos a tierra, tras una recia lápida provista de una gran cruz gótica de piedra. Lo hicimos muy oportunamente.

Allá, en la luminosa y amplia terraza visual, al otro lado del muro

plástico, bajo las luces deslumbrantes del interior de la Base, pudimos distinguir al rubio Jason Adams, comandante de la Base, a la morena e inquietante Dahlia Farrow, al teniente Skerritt...

Todos erguidos, fríos, extraños y distantes. Buscando la avería, hasta localizarla. Apareció un equipo de obreros, con andares pausados y rígidos, que se ocupó de taponar nuevamente la salida. No podíamos saber si sospechaban que era obra nuestra, ni siquiera si sabían que estábamos ahora fuera, sometidos al rigor del gélido frío y el ambiente mortífero del planeta Urano, allá en el lúgubre cementerio humano de un mundodonde ya no quedaban tampoco auténticos seres humanos.

Si fue así, no hicieron el menor gesto que lo indicase. Sus ojos astutos y fríos, no escudriñaron el exterior con aire de búsqueda o de interés determinado alguno. Me pregunté si nos habían olvidado... o si éramos demasiado insignificantes para que «ellos» se preocupasen ya más de nosotros.

Acaso todo esto, no era sino parte de un diabólico juego cuyo final sabían que no podía ser otro que nuestro fracaso. Tal vez habían aceptado nuestro reto, y jugaban su propia baza sin prisas.

Era aterrador, pero si alguien tenía allí las de ganar... eran los no-humanos, los vampiros.

Y Stowen, Zeena, yo mismo... terminaríamos, inexorablemente, por ser también vampiros.

CAPITULO VI

Me rebelé contra esa idea desde el fondo de mí ser.

—Vamos —dije, cuando vi desaparecer calmosa, serenamente, a los seres del otro lado de la pared transparente. La luz se quedó allí, iluminando de modo fantasmal el cementerio, proyectando sombras grotescas y extrañas, desde la luminosidad de la Base. Pero no se quedó nadie bajó ella. Todo volvió a mostrarse vacío, desolado, silencioso.

—¿Adonde, Doc? —se interesó Stowen, mirando aprensivo en torno. Capté su estremecimiento cuando dijo entre dientes—: Esto me recuerda demasiado los viejos terrores leídos en mi infancia. No conocí jamás un cementerio tradicional, allá en la Tierra. Solamente galerías asépticas y luminosas, con arquetas y nombres de las personas reducidas a cenizas conforme marcaban las leyes. Pero esto...

—Sé lo que sientes. Es un verdadero cementerio. Como en épocas pasadas, allá en nuestro mundo. También al principio me chocó su presencia. Ahora entiendo lo que sucede. Hace mucho tiempo que en Urano no hay auténticos seres vivientes. Se convirtieron en lo que son hoy. Cuando fueron atacados por el comando oriental, éste debió llevarse una buena sorpresa al descubrir que pretendía matar a gente que ya estaba muerta. Después... él mismo pasaría a ser uno de ellos.

—Pero... ¿y los heridos, los enfermos...? —sugirió Stowen, inquieto.

—Tú estás viendo lo que sucede. Si algo no les preocupa a ellos, es el tiempo. La noche dura años enteros. Luego, dormirán quizá durante cuarenta y dos años en sus tumbas, y habrá sido un soplo para ellos. En la siguiente noche infinita de Urano, regresarán de sus féretros. Y el horror proseguirá, por los siglos de los siglos. Ser vampiro, Stowen, es una forma diabólica de ser inmortal, después de todo...

—Pero, Doc, incluso un vampiro necesita alimentarse para sobrevivir. Precisan sangre. Sangre humana o animal. Hasta ahora, hubo expediciones regulares que llegaron a Urano, naves emigratorias y cosas así. Todos fueron paulatinamente convertidos en lo que ahora son. Esos enfermos y heridos puede que fuesen sus nuevos emigrantes, que, como tú dices, sin prisa alguna, iban siendo succionados, atraídos

a su mundo de las tinieblas y de la muerte-sin-morir. Pero... ¿de qué se nutrirán cuando nosotros, los últimos seres vivos sobre los mundos del Sistema Solar, seamos también parte de ellos?

—No lo sé, Glenn —suspiré—. Quizá haya una respuesta para eso. Lo malo es que la conoceremos cuando sea demasiado tarde para nosotros. Cuando seamos ya parte de esa horrenda legión.

—Cielos, qué horror —tembló Stowen. Se aferró a una cruz, vacilante, pero la soltó inmediatamente, consobresalto. Leyó la lápida —: Mira... Aquí yace ella...

—¿Ella? —indagué, curioso.

—La chica que murió últimamente. La han sepultado ya. Su nombre está inscrito en la piedra.

Me incliné. Asentí, pasando mis dedos enguantados sobre la piedra gris, donde el nombre aparecía tallado con caracteres góticos, anacrónicos por completo en nuestro tiempo, aunque quizá no en el de «ellos»:

STELLA FRENCH

Recordé su pelo rubio, sus ojos grandes, sus pechos macizos... La exuberante muchacha que se agravó de repente, y de repente falleció. Stella French. Y reposaba allí.

Me incliné. Observé la recia lápida. Señalé a Stowen.

—Eh, mira esto —dije—. La lápida puede alzarse, No está empotrada.

—Bueno, pues déjala donde está —por primera vez descubrí algo parecido al temor supersticioso en un hombre fríamente científico y racional como Glenn Stowen—. No me interesa en absoluto mover esa lápida, Doc.

—A mí, sí —afirmé despacio—. Me gustaría ver cómo reposa ahí la muchacha.

—¿Estás loco? —dilató sus ojos amedrentados—. ¿Qué ganarás con semejante cosa?

—Recuerda que estamos jugando una partida decisiva. Y que necesitamos un triunfo, por pequeño que sea, para alimentar aunque sea una vaga esperanza de triunfo, Glenn.

—No me convences. Es una partida perdida de antemano. Y no vamos a cambiar el destino... mirando dentro de ese sepulcro, estoy seguro de ello.

—¿Acaso tienes... miedo, Glenn? —me burlé, apoyando mis dedos en las junturas sin afirmar de la recia lápida.

—Sí —confesó él, escueto—. Mucho miedo, Doc. Y aprensión.

—Me asombras.

—Yo también estoy asombrado. Si me juran esto hace solamente unas horas, me hubiera burlado de quien eso dijese. Sin embargo... no puedo evitarlo, Doc. Puedo enfrentarme a peligros cósmicos. Estoy educado para ello. Puedo aceptar la fría muerte en el vacío, o ser destruido por una energía incontrolada. Me enseñaron todo eso como parte de los riesgos que corre un cosmonauta. Pero cementerios, lápidas, féretros y vampiros... ¡cielos, nunca pensé que todo eso formase parte de mi vida!

—Y posiblemente de tu muerte —dije, lúgubre. Luego, resuelto, levanté la tapa sin muchas dificultades. No era exactamente piedra, sino una materia plástica que la imitaba muy bien. Stowen se echó atrás, instintivamente. Yo miré al oscuro interior de la tumba. Vi unas escaleras que se perdían en el suelo de Urano, hacia la sombra. Añadí, pensativo—: Es una. cripta, Glenn...

—Una cripta—debía tener erizados los cabellos bajo su escafandra de emergencia—. Cielos, Doc. Deja eso. Sigamos en busca de alguna otra cosa...

—Yo voy a bajar —dije fríamente—. ¿Prefieres que-darte aquí, Glenn?

Miró en torno, no muy convencido. Vi brillar la transpiración en su epidermis, bajo la escafandra, pese a lo climatizado de su indumentaria espacial.

—Sí —musitó al fin—. Me quedo afuera.

—Bien —resoplé—. No quiero obligarte a nada. Pero recuerda dónde estás. No te distraigas ni confíes por nada. Podrías convertirte... en uno de «ellos».

Le dejé, lleno de inquietudes y zozobras. Descendí a la cripta oscura. En mi mano, brilló la franja de luz de la pequeña lámpara de pila inagotable. Fui iluminando los rincones del subterráneo recinto funerario.

Allí estaba el féretro de metal oscuro. Abierto. En él, extendido, el cadáver de la rubia muchacha. Con sus brazos cruzados sobre el rotundo seno, la faz serena, como dormida. Pasé junto a ella, iluminando sus formas, que envolvía una especie de túnica color gris suave. Me estremecí al ver sus orificios rojo oscuros, en la garganta, sobre la yugular.

El color céreo de su rostro, mostraba su ausencia de vida. A mi espalda, repentinamente, sentí un roce. Me volví vivamente, proyectando la luz contra algo. Un sudor helado cubrió mi piel, bajo el traje climatizado y presurizado.

Era solamente un ave. Pequeña, peluda. Como un murciélago terrestre, pero más gruesa. De cabeza ovoide. Tuve un escalofrío.

—¡Un wurlok! —jadeé.

El animal se vino sobre mí, batiendo sus alas membranosas. Como alucinado, descubrí que, bajo su peludacabeza, había un pequeño, maligno e inteligente rostro humanoide. Era como enfrentarse a una diminuta y repulsiva mezcla de hombre y murciélago.

Debía emitir chillidos pero no le oía. Acaso era ultrasonido. Me atacó directamente. Y vi sus garras y fauces, sin duda desgarradoras, pese a su pequeñez.

No vacilé. Empuñé mi tubo de cargas térmicas. Disparé.

Una cápsula le alcanzó, abrasándole con una llamarada. Vi desgarrarse su horrible forma, reventar su cabezuela, saltar en fragmentos sus alas, que aún batían a la desesperada.

Resoplé, volviéndome en redondo. Algo me dijo que allí, a mis espaldas, en este momento, me acechaba otro peligro.

Y así era.

Contemplé, despavorido; los ojos dilatados, abiertos, sanguinolentos, de Stella French. Fijos en mí desde su ataúd.

Estaba despierta. Y estaba empezando a levantarse.

—¡Cielos, no! —balbucí—. ¡Estás muerta, Stella!

Ella me respondió, con una voz tan fría como su propia epidermis:

—No, doctor. Ahora es cuando no puedo morir ya jamás...

Salió de su féretro. Retrocedí unos pasos, alucinado. Ella vino

hacia mí.

Extendió sus brazos. Sus manos color cera me buscaban. Una sonrisa extraña crispó sus labios sensuales. Vi sus dientes blancos, sus colmillos extrañamente crecidos, asomando entre la carnosidad de su lívida boca.

—¡No! —grité—. ¡Quieta! ¡En nombre de Dios, quieta, Stella, o quienquiera que ahora seas!

—No seas ridículo, doctor —se burló de mí, en su tétrico avance inexorable—. Has caído. No sirven invocaciones. Esto no es obra diabólica, sino un virus que nos transforma en seres eternamente jóvenes y llenos de vida... Ven, doctor. Ven a ser mío... Ven a gozar de esta vida eterna y feliz, a mi lado. Te espero. Te deseo...

Tropecé y caí. La lámpara rodó lejos, dando un reflejo fantasmal a la cripta. Stella French, su fantasma siniestro, venía hacia mí. Vi borrosamente sus pies descalzos, cerca de mi rostro. Alcé la cabeza, estremecido, con los cabellos erizados.

—¡Stella, no! —grité roncamente—. ¡Fuera de aquí, vampiro maldito!

Estiré un brazo, traté de derribarla. Inútil. Era rígida, fuerte, como una máquina en movimiento demoledor. Inexorable como la misma muerte, aunque ella era todo lo contrario: la no-muerte. La vida eterna. O la eterna condenación a una suerte mil veces peor que la verdadera muerte.

Solté aquella piel helada, cuyo frío mortal parecía traspasar incluso el hermetismo de mis dedos. Por vez primera, recordé que el aire del planeta era irrespirable para los humanos, que los gases en la atmósfera de Urano eran letales. Y que, por tanto, aquella cripta tenía que serlo también.

Pese a lo cual, ella, Stella French, respiraba y se movía en aquel ámbito nocivo, como si fuese una criatura nacida en el planeta Urano. Sin resentirse siquiera. Acaso porque, más allá de la muerte humana, poco importaba ya todo eso. O acaso porque, en realidad, pese a conservar su humana envoltura... ellos no eran ya sino monstruos.

Logré incorporarme, cuando las manos engarfiadas de la mujer vampiro me aferraban. Me solté, corrí hacia otro rincón de la cripta, aterrorizado. Intenté alcanzar los escalones, subir a la superficie donde Stowen me aguardaba. Si él veía aquello, escaparía despavorido, dejándome solo con la muerta.

—Ven, doctor —la oí susurrar—. Es inútil cuanto intentes. No hay evasión ya...

Quizá tenía razón, porque ahora me cubría la única salida. Ella se interponía entre los escalones y yo.

Súbitamente, a su espalda, una forma humana, una sombra, proyectó su volumen contra los reflejos de mi luz en la cripta. Respiré, aliviado al reconocer al que llegaba. Al fin había vencido su terror.

—¡Glenn! —grité, con entusiasmo—. ¡Glenn, ayúdame a escapar de aquí! ¡Ella es una mujer-vampiro! ¡Y pretende atraerme a su nueva existencia en las tinieblas...!

Stowen la miró a ella, inexpresivo. Luego a mí. Y me sonrió extrañamente.

—Doc, debes hacerle caso —dijo lentamente—. No hay escapatoria posible. Tienes que ser ahora uno de nosotros.

Horrorizado, comprendí lo que sucedía.

¡Glenn Stowen, allá afuera, mientras aguardaba al pie del sepulcro... se había convertido en uno de «ellos»!

Mi última esperanza se evadía definitivamente...

TERCERA CRONICA

EL PODER DEL MAL

CAPITULO PRIMERO

«Llegamos a mi Tercera Crónica. La última.

Creo que debe iniciarse justamente donde terminó la anterior. En el momento en que el horror me tenía preso ya en sus heladas zarpas.

Cuando había perdido toda esperanza, para saber que, definitivamente, no había ya evasión posible. Yo mismo me había metido torpemente en la trampa. Y debía aceptar mi fracaso. Que era aceptar el fin de todo. Y el principio de algo nuevo, diferente, diabólico.

El Mal era más poderoso que yo y que toda la voluntad posible. Era demasiado grande para mí. Tenía que luchar ya contra todos.

Creo que nunca, realmente, abandoné la lucha. Y gracias a ello, escribo ahora estas Crónicas del más terrible viaje interplanetario que jamás se hizo.

Creo que, afortunadamente, la fe jamás me abandonó. Ni siquiera allí, en aquel gótico cementerio pasado de moda, en un mundo remoto y hostil, rodeado de seres no-muertos, de gentes que uno no sabía exactamente si eran cadáveres vivientes... o vivos en el valle de la Muerte.

Fuesen lo que fuesen, eran mis enemigos. Yo estaba solo frente a ellos. Y de mi vida dependía otra vida, otra seguridad: Zeena. Tenía que volver a su lado, protegerla del Mal, tratar de salvarla a su terrible destino. Y salvarme yo con ella, si eso era humanamente posible.

Esa fe me salvó. Cuando menos, me salvó en el momento que menos podía esperarse que lo hiciera. Cuando todo estaba definitivamente perdido para mí.

Cuando ni siquiera mi amigo Glenn Stowen podía ayudarme... porque había dejado de ser él para convertirse en uno de aquellos

seres infernales que poblaban la Estación Tierra Ú-3.

Sí. Seguí luchando, a pesar de ello.

Y así comencé la Tercera Crónica. La última.»

CAPITULO II

—Deja de luchar, Doc —dijo la voz monocorde de Stowen—. Sé uno de nosotros... Vamos, trata de ceder. Es más fácil rendirse, no luchar. Es hermoso morir... para vivir eternamente, para gozar de la existencia sin fin...

—¿Convertido en lo que ahora sois ambos? —rechacé con pavor—. ¡No, y mil veces no! Apartaos, de una maldita vez. ¡Vamos, fuera los dos!

—No, Doc —negó Stowen con una gélida sonrisa que yo jamás había visto antes en sus labios.

—No, doctor —corroboró la hermosa rubia exuberante, de ojos sanguinolentos y boca voraz—. .Ya no. No puedes huir. No hay salida...

Retrocedí. Mi cuerpo golpeó el féretro vacío. Una herramienta cayó al suelo, estrepitosamente. Y yo junto a ella. Contemplé aterrado, desde el suelo, la aproximación inexorable de ambos, en dirección a mí.

Mis manos tantearon el suelo, en busca de apoyo para volverme a incorporar. Mis dedos enguantados se cerraron en torno a algo cilíndrico. Miré de soslayo.

Era un vulgar y viejo elemento de trabajo, allá en nuestro mundo. Un pico.

Formado solamente por su largo mango de metal y una curva punta afilada, con la que sin duda perforaban en las tumbas, para sepultar a sus muertos que jamás morían definitivamente.

La idea relampagueante cruzó mi mente. No era un experto en vampiros, ciertamente. Pero el viejo recuerdo llegó a mi cerebro. Nítidamente, recordé la imagen asociada al vampirismo remoto en la Tierra, a las viejas fábulas de la Transilvania rica en hombre-lobo, en temibles wurdaloks y hombres bebedores de sangre.

Tomé con firmeza el pico. Fingí que me incorporaba a medias, ayudado en él como en una especie de cayado. Creo que puse tal energía, tal voluntad en todo aquello, que no sospecharon nada el uno ni el otro.

De repente, cargué con el afilado pico de metal contra el pecho de la hermosa Stella.

Ahora sí se dio cuenta. Y gritó.

Gritó de forma terrible, prolongada. Un alarido bestial, inhumano. Que, extrañamente, cuando el pico penetró brutal, desgarrando sus ropas, sus hermosos senos, atravesándola virtualmente, se hizo silencioso. Como en el momento de chillar el ave-humanoide, Stella French gritó en silencio su muerte segunda y terrorífica, perforada por aquel punzante metal.

Lo retiré bañado en sangre. Ella se tambaleó, osciló, mirándome horriblemente. Stowen retrocedió, pretendiendo huir. Cargué también contra él, pasando junto a la muchacha espantosamente herida.

—No, no, Doc... —oí gemir angustiadamente a Stowen. Alzó su mano trémula hacia mí—. Por favor, no... Eres mi amigo. Siempre fuimos camaradas. ¡No puedes hacerlo!

Maldita sea, tenía razón. No podía hacerlo. Nunca lo hubiera hecho. Pero eso hubiese sido tratándose de él, de Glenn Stowen, mi amigo de siempre. No aquel ser demoníaco, aquel muerto-vivo que no era ya sino un monstruo más, en un mundo de monstruos de apariencia humana.

Le perforé por la espalda, procurando también alcanzar, desgarrar, atravesar su corazón. Como si la herramienta fuese la vieja estaca de las leyendas de vampiros.

Cayó Stowen por las escaleras de la cripta, con una expresión de horror infinito. Le vi golpear junto al sitio donde, de rodillas, se desangraba espantosamente Stella. Contemplé a ambos, sosteniendo siempre el pico metálico en mi mano.

—¿Por qué... lo hiciste? —sollozó Stowen.

Sus manos oprimían el enorme boquete tinto en sangre. Sus facciones se serenaban, adquirirían una dulzura suave. Vi la huella de colmillos en su cuello, los dos regueros de sangre ya coagulada.

—Tuve que hacerlo, viejo amigo —susurré—. Ya ni siquiera eras tú...

—Tienes... razón... —gimió, con la boca convulsa. Me miró largamente, como un perro apaleado por su propio amo. Asintió—: Gracias... Doc. Es algo... hermoso... morir de verdad. Saber que ahora no... no habrá... resurrección...

Miré a Stella. También ella había cubierto su rostro de una rara placidez. Como si ya no sintiera dolor, sino paz interior. Al irse encogiendo en tierra, su cuerpo, sus manos, su rostro, se descomponían, en un tono grisáceo, ceniciento.

—Fuiste... fuerte, doctor... —la oí musitar—. Gracias... por este final...

Les vi morir a ambos. En silencio. Demudado. Pensando que nada podía hacer por ellos, salvo asistir a su final. Y que éste era el mejor epílogo para sus pobres vidas.

Murieron extrañamente en la cripta. Encogidos, cenicientos. Como pavesas humanas, como muertos que llevasen siglos de vida. Y apenas si habían empezado su existencia inmortal como vampiros.

Luego, lentamente, se fue extendiendo la calma dentro de la cripta. Se hizo un largo silencio. Contemplé sus cadáveres.

—Dios os dé una vida mejor donde ahora estáis —musité—. Adiós, Glenn, viejo amigo. Adiós, Stella, muchacha... Tuve que hacerlo. Fue lo mejor para todos... y vosotros comprendisteis antes de morir, cuando realmente volvisteis a ser... por unos momentos... vosotros mismos.

Les dejé atrás. Salí de la cripta. Siempre noche, siempre oscuridad, siempre nieblas densas, enroscándose en torno a las piernas, como jirones dotados de vida propia.

Miré en torno, preguntándome qué o quién atacaría a Stowen durante su espera, para convertirle en otro vampiro. No vi a nadie. Me apoyé en el pico metálico, sangrante. Era mi mejor arma ahora. Después de todo, había sido eficaz. Los vampiros, terrestres o uranianos, eran susceptibles de destrucción, mediante un objeto punzante en su corazón. La leyenda se confirmaba. A mucha distancia, en siglos y en millones de millas, del origen de aquella fábula siniestra.

El cementerio aparecía vacío. Caminé por él, sin encontrarme con nuevos vampiros. Solo esta vez. Tremendamente solo. Sin compañía de nadie.

Pensé en Zeena, sola y aislada. Estaría temiendo ahora por mi suerte. Acaso la tentarían los vampiros para que abriese. Esperaba que no llegase nunca a cometer tal error.

Tenía que volver junto a ella. Pero encerrarnos ambos, no

significaba avance alguno. Tarde o temprano, ellos triunfarían. Eran muchos. Y yo no podía estar clavando el hierro a uno tras de otro, hasta extinguirlos. Eran demasiados para confiar en tal método de lucha, sólo útil para casos aislados como aquéllos.

—La nave... —musité de repente—. Si pudiera llegar a la nave, después de todo...

Traté de orientarme. La nave *Galaxy*, al llegar a Urano, planeó sobre la Base. Luego, fue absorbida por los tubos de succión, hasta los hangares interiores. Y allí estaría, a menos que hubieran dispuesto de ella para otro uso, cosa no muy probable.

Nadie allí pensaba en la nave. Y podía ser nuestra esperanza. La única esperanza para Zeena y para mí, de evadirnos al poder de aquel Mal siniestro.

Busqué la zona de succión, dando vueltas en torno a la Base, calculadoramente. Por fin encontré los conductos, sus compuertas cerradas, que sólo se abrían magnéticamente, apenas una nave se posaba sobre ella.

Todas nuestras naves llevaban ya un sistema de magnetismo para provocar la apertura de los accesos a las diversas Bases dispersas por el Sistema Solar. Recordé algo: nuestros atavíos espaciales estaban dotados del mismo sistema, por si nos extraviábamos en el espacio, y podíamos arribar a una Base y ser admitidos en ella.

Esperaba que diera resultado el intento. Cuando menos, había que correr el albur, intentarlo como fuese.

Y lo intenté.

Me costó un tiempo escalar los altos tubos aluminizados de succión. Era como un pigmeo subiendo por una torre gigantesca, escalón por escalón. Arriba, me esperaban las compuertas de acceso al cosmodromo, herméticamente cerradas. ¿Tendría suficiente fuerza magnética mi traje espacial, para abrir los resortes de aquel acceso?

La respuesta no se hizo esperar. Apenas pisé la plataforma sobre las compuertas. Tenía suficiente magnetismo en mi traje espacial, no para abrir las grandes compuertas, sino una más pequeña y angosta, situada en un lateral de los grandes tubos.

Era un acceso para personas. Con una rampa deslizante automática. La vi moverse, con suave zumbido, descendiendo la banda automática hacia las profundidades.

Regresaba al interior. Tal vez para no volver nunca afuera como un verdadero ser humano. Pero debía regresar. A cualquier precio. A todo riesgo. Salir, no había reportado beneficio alguno. Sólo perder a Stowen. Y aniquilarle como vampiro. Y deshacerme de Stella también, descubriendo el poder de un simple objeto taladrante, al utilizarse contra el torso de un vampiro.

Entré en el conducto automático, sin dudar más. La rampa me deslizó vertiginosamente hacia abajo. Mi calzado magnético me retenía sujeto firmemente al suelo en movimiento. Fui bajando, bajando, hundiéndome en una luminiscencia suave, color azul.

Por fin, entré en una cámara de esterilización automática. Me esterilizaron mi atavío espacial. Pasé a otra cámara donde podía cambiar mis ropas del espaciopor otro liviano traje presurizado. No me cambié. Mi indumentaria actual podía serme más útil que cualquier otra.

Un ascensor de vidrio plastificado, me condujo, vertiginosamente, a un fondo donde reposaba la nave *Galaxy*, inmóvil, intacta.

Respiré con alivio al verla. Aún se conservaba nuestro gran recurso. El medio de evadarnos de Urano, aunque fuese para deambular como vagabundos por el espacio, hasta el día de morir. Cualquier cosa era mejor que permanecer sentenciado, en aquel mundo de vampiros.

En un planeta donde todos habían muerto hacía ya tiempo...

Me acerqué a la *Galaxy*. Nadie sino nosotros podía abrir su compuerta. Bastaba acercarse, aplicarle un magneto especial, con una frecuencia de vibraciones que accionaban automáticamente la cerradura electrónica de a bordo.

Así lo hice, pegado a la puerta curva. Esta cedió suavemente, deslizándose sin ruido alguno. De nuevo me encontré dentro de mi nave. La *Galaxy*, pese a su blanca frialdad aséptica de nave interplanetaria, me pareció un rincón entrañable, y hermoso, que tenía ya mucho de hogar, de refugio, de gran esperanza...

—Por fin —musité—. Otra vez aquí, viejo cascarón de los océanos celestes.

Bromeé, golpeando sus blancos muros impolutos. Luego, me aproximé a los cuadros de control de la gran computadora central que regía la vida a bordo. Marqué en unas teclas, para saber si, realmente, estaba a bordo en perfectas condiciones para una partida de

emergencia.

El tablero luminoso se encendió. Con color rojo de alerta. Asombrado y lleno de honda decepción, leí el mensaje de la computadora, respondiendo a mi pregunta:

«Desconectadas baterías exteriores a fotones. Sin conexión con provisión de energía de despegue. Imposible moverse. La nave no funciona.»

Era horrible. Desesperanzados Y definitivo, por desgracia.

CAPITULO III

Permanecí largo tiempo como hipnotizado. Contemplando la roja pantalla, hasta que me cansé de leer lo mismo, con el fondo para los mensajes de emergencia, y apagué con un seco golpe de tecla la luminosidad del visor.

Me quedé callado, taciturno, hundido en mis sombrías abstracciones de aquel momento penoso y difícil.

El *Galaxy*, inútil.

Imposible despegar de aquel mundo. Imposible manipularlo, moverlo, maniobrar. Los vampiros eran muy astutos. Desconectando las baterías exteriores, la nave carecía de fuerza inicial para despegar. Desconectada la provisión de energía inicial, ni siquiera los sistemas de máxima emergencia podían actuar. La faltaba lo más importante: su fuerza motriz.

Mi mente no poseía respuesta alguna para todos aquellos problemas. Pero existía una computadora fabulosa como la nuestra. No estaba programada para ciertas cosas, pero poseía una serie de casi un centenar de circuitos especiales de reserva, sin memorización dedatos, capaz de actuar computando datos y preguntas nuevas, y siéndole posible responder a ello con la fría lógica de la máquina y el juicio crítico de un ser humano.

Reuní febrilmente los datos en mi poder. Los integré en una ficha de programación especial, que introduje en su ranura. Pulsé varias teclas, esperando.

La computadora zumbó. Estaba en funcionamiento. Esperé, impaciente, su posible respuesta.

Y la hubo. Fríamente lógica y razonable. Incluso una máquina podía «pensar», llegado el momento, con más eficiencia y sentido de la lógica que un ser humano sometido a preocupaciones y angustias, por muy lúcida y científica que fuese su mente.

La computadora me dio una respuesta:

«Datos programados señalan la existencia de

vampiros. Existente un medio decisivo para aniquilar a todos de una vez. Es la luz del día.»

¡Luz del día!

Muy lógico todo, sí. Pero inservible. No era viable, ni mucho menos. Esperar casi cuarenta años, no conducía a nada. Ni era posible esperar. Y eso tardaría la noche polar de Urano en dejar paso a un frío, descolorido e inhóspito día sin apenas sol...

—Luz del día... —mascullé con ira—. Como si yo fuese amo y señor de la Creación, y pudiera mover el sol a mi antojo, traerlo a Urano, proyectar su luz y calor sobre los vampiros.

Estaba a punto de golpear a la estúpida y lógica computadora. Pero de repente, me puse rígido.

Algo de lo que yo había dicho un momento antes, estaba lleno de fría lógica también. Y de razón.

—Proyectar luz y calor... sobre los vampiros... —repetí, lentamente—. ¡Luz y calor... solares...! En un mundo yerto, gélido, donde se ha incubado el virus que los convierte en lo que ahora son todos mis semejantes... ¡LUZ Y CALOR DEL SOL! Claro... Como en los viejos relatos europeos sobre vampiros... No sólo la estaca en su pecho, sino... el amanecer. La luz del día...

Febrilmente, volví a programar unos datos para una pregunta. Una vez archivados esos datos en la «memoria» del computador, pulsé la pregunta que me atormentaba:

«¿Qué posibilidades existen de crear esa luz y calor por medio de las baterías solares concentradas?»

Zumbó la máquina. Trabajó en la pregunta. Manejó lo archivado. Su respuesta fue breve, precisa:

«Posibilidad positiva.»

Eso significaba que debía intentarse.

Y lo intentaría.

—Zeena...

Apenas un murmullo. Silencio. Insistí:

—Zeena, abre. Soy yo.

Mi inquietud creció. No había respuesta adentro. Estaba herméticamente cerrado todo. Pero nadie contestaba. Por tercera vez, algo más fuerte mi tono, volví a llamar:

—¡Zeena, por el amor de Dios...!

Esta vez, sí. Un rumor dentro. Pasos. Una voz queda, junto a la puerta:

—¿Quién...?

—Yo. Doc. Abre.

—Espera. Dijiste que comprobase todo previamente...

—Sí, es cierto. Abre la mirilla. Te mostraré mi cuello.

—Bien, Doc.

Esperé. Sentí un leve chasquido. Me puse ante lo que parecía un puntito rojo, pero yo sabía que era el mirador, dotado de aumentos. Exhibí mi cuello claramente.

—Está bien —suspiró ella, con alivio—. Entra, Doc. ¿Vienes... solo?

—Solo —asentí—. Ya te explicaré.

Zumbó la puerta. Miré a un lado y otro del corredor, sin ver a nadie. Entré, rápido. Y ella cerró de nuevo. Se bajó el cuello de su indumentaria, rápida. Vi su garganta, limpia de toda señal.

—Para que no dudes —sonrió—. He permanecido encerrada todo el tiempo.

—¿Nadie llamó?

—Nadie. Oí roces afuera, en la puerta. Como si intentasen entrar. Pero no hubo más.

—Entiendo, Zeena. Escucha bien mis palabras: vamos a salir de aquí. Los dos.

—¿Tú y yo? —vaciló ella, asombrada.

—Eso es: tú y yo.

—¡Es una locura arriesgada, Hasper! Sería como entregarnos a ellos...

—Escucha esto: el *Galaxy* no está lejos. Lo he encontrado. Podemos ir allá los dos. Y encerrarnos. Después te contaré algo más.

—¿Podemos partir de Urano? —se sintió ella esperanzada.

—No, no podemos... de momento. No son tontos. Desconectaron las baterías de fotones. No hay fuerza inicial de salida.

—Malditos monstruos...

—Sí, querida. Eso es lo que son todos ellos: monstruos. Dejaron de ser humanos tras morir la primera vez. Son *no-muertos*. Vampiros. Se contagian. Stowen fue inoculado también.

—Dios mío... ¿Qué fue de él?

—Tuve que matarle —moví la cabeza—. Fue una dura prueba. Pero él me lo agradeció, antes de morir.

—Pero la muerte no es suficiente, Hasper. ¡ Resucitan como vampiros!

—No cuando mueren atravesados por su corazón —negué—. Ni cuando les da la luz del sol.

—El sol... —suspiró ella—. ¿Dónde está ahora ese gran milagro, Hasper?

—Quizá no tan lejos como crees.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —sonreí enigmático—. Solamente lo que he dicho, querida... Vamos, prepara todo. Nos vamos ya.

—Dime, Hasper, ¿no estaremos cometiendo un grave error en este momento?

—Confío en que no —suspiré—. Vamos ya. No hay que perder tiempo. Ellos tienen todo el que quieren. Nosotros, no. Cada minuto

que pasa, actúa en contra nuestra.

Zeena pareció convencida a medias, sobre la conveniencia de salir a descubierto. Pero no tenía otra cosa que hacer, sino confiar en mí. Y me siguió dócilmente.

Abandonamos el refugio. Todo desierto y silencioso a nuestro alrededor. Pero eso no hacía mejores las cosas. Simplemente, ellos no se apresuraban. Esperaban. Eso era todo. Sabían que, esperando, terminarían por vencernos.

Se podían permitir ese lujo. Contaban con una eternidad para vencernos, para dominarnos. Nosotros, con sólo unos minutos para intentarlo todo, a la desesperada.

Regresé por donde había llegado allí, desde el *Galaxy*. Nadie se interpuso tampoco esta vez en nuestro camino. O teníamos mucha suerte, o ellos no daban importancia alguna a lo que yo pudiera intentar para luchar contra ellos.

—Me gustaría que, por una vez, cometieran un error —musité.

—¿Decías, Hasper...? —indagó Zeena, intrigada, mirándome.

—Que me gustaría que no tuvieran razón en su modo de obrar. Pero mucho me temo todavía tengan un triunfo escondido en su manga, y esperen el momento oportuno de utilizarlo contra nosotros...

Llegamos a los hangares del Cosmodromo donde reposaba el *Galaxy*. Entramos en la nave. Zeena suspiró, mirando en torno con alivio. Tocó los muros blancos, familiares, las máquinas, los objetos.

—Es maravilloso —musitó—. Como estar en casa...

—Sí, es lo mismo que yo sentí antes —convine gravemente—. Es volver a casa. Nuestro único hogar actual, Ven, Zeena. Te mostraré lo que he conseguido.

—¿Qué es ello, Hasper?

—Mi arma personal contra ellos. Espero que dé resultado...

—¿Un arma? ¿Contra los vampiros?

—Eso es. ¿Te sorprende?

—Un poco. ¿Qué clase de arma puede haber contra ellos, Hasper?

—Una bien sencilla —sonreí—. La computadora me lo dijo con la

más fría de las lógicas posibles.

—¿Y es...?

—El Sol, querida.

—¡El Sol! —me miró, atónita—. ¿Qué sol? Ese que veremos en Urano, será tan débil... Y faltan años enteros para ello...

—No lo has entendido —sonreí—. ¡Mira, Zeena!

Pulsé un resorte, inesperadamente. Ella emitió un brusco grito de asombro. Y creo que incluso de miedo, de horror...

—¡No! —chilló—. ¡Eso NO, Hasper! ¡Quita ESO de mi cuerpo...!

Yo había dado el resorte de un ingenio dotado de baterías solares, alimentadas de luz concentrada solar durante meses y meses de vuelo interplanetario. Repentinamente, un raudal de luz dorada, auténtica luz solar a alta concentración, como reserva de energía en las baterías solares del *Galaxy*, nos bañaba a ambos por igual, como en un súbito, luminoso y providencial verano...

Pero lo que sucedió fue espantoso.

Zeena trató de huir de la luz, intentó saltar sobre mí, rugiendo, babeando, tornándose primero blanca, luego de ojos enrojecidos, sanguinolentos... Y finalmente, gris ceniza, lívida, retorcida, con sus dientes fuera, exhibiendo dos largos incisivos agudos...

—¡Zeena! —rugí—. ¡Oh, no! ¡Tú... tú NO...!

Pero sí. Ella... sí. También.

Era una mujer-vampiro.

Y la repentina luz solar, dentro del *Galaxy*, hizo el increíble, extraño prodigio...

Zeena, mi adorada Zeena, se encogió, se derrumbó bajo aquella luz deslumbradora, y a su claridad pude ir viendo cómo todo su ser se transformaba en cenizas, cenizas que se removieron en el suelo blanco de la nave como único resto de su cuerpo, entre los flácidos pliegues de su atavío espacial, vaciado en tierra, como un globo roto...

—Zeena, Dios mío... —susurré, horrorizado—. Pero si me mostraste tu cuello, limpio de toda señal...

Entonces comprendí que debí ser más desconfiado, buscar en otros

puntos de su cuerpo. Acaso en un seno, en un brazo, en un lugar insospechado... estuvo siempre la marca del vampiro que la inculó en mi ausencia...

Ahora sí. Estaba solo. Completamente solo.

Miré anonadado, mecánicamente, por los visores al exterior. Sufrí una convulsión.

Ellos venían. Todos.

Eran sesenta o setenta seres en marcha lenta, implacable, hacia la nave donde me hallaba yo ahora.

La rodeaban. Entre ellos identifiqué mucho rostro familiar: Tazman, Velda, Sandra, el propio Sakaru...

Todos formaban parte de la diabólica legión. Cualquiera de mis camaradas de vuelo podía accionar la puerta de la nave, iniciar la invasión de ésta...

Ya debían sospechar que su arma secreta, Zeena, había fracasado. Y no querían correr más riesgos. Venían a por mí.

Sentí crujir la puerta de entrada. Los vampiros iban a penetrar en la nave...

CAPITULO IV

Esperé, a pie firme.

Ignoraba lo que durarían las baterías solares. Emitiendo tal radiación de luz solar, no podían ser muchos segundos. Si alguien eludía esa claridad y se salvaba, yo estaría perdido.

A pesar de todo, esperé.

La puerta cedió, deslizándose. Tazman la había abierto con su magneto. Entró. Tras él, los demás. Lentos, inexorables. Me miraban fría, desapasionadamente. Como lo que eran: muertos andantes. Cadáveres vueltos a la vida por un virus demoníaco...

—No resistas, Doc —avisó Tazman—. Estás vencido. Ya no hay escapatoria... Tú mismo te metiste en la boca del lobo...

—No lo esperes —avisé fríamente. Señalé el mecanismo—. Mira. ¿Sabes lo que es esto?

—Sí —afirmó gravemente Tazman—. Energía solar. Un concentrado de luz del día.

—Exacto. Con él terminé ya con Zeena. Y terminaré con vosotros.

—No, Hasper —sonrió el comandante Adams, apareciendo con los demás. Señaló hacia el ingenio—. Mira lo que dice ahí: índice de energía solar: CERO. Estávació. Agotaste en ella toda la carga solar concentrada, ¿es que no lo entiendes?

Me rodeaban ya. No había salida. Sentí que se erizaban mis cabellos. Era cierto. El nivel de contenido de energía solar, era ya de cero total.

Estaba inerme. Vencido.

¡Vencido en el último instante!

—No te resistas, Doc —avisó afable, dulcemente, la voz de Velda Lane—. Será todo tan fácil...

No es que me importara ya mucho. No tenía a nadie. Estaba solo. Completamente solo entre aquellos monstruos. Iban a destruirme como ser humano. Era el último. Y debía unirme a su diabólico grupo

de vampiros...

No había escapatoria ya. Ninguna.

—Bien —dije—. Me resigno. Ganasteis la partida. Adelante...

No se hicieron esperar. Cayeron sobre mí...

* * *

Nunca lo entendí bien. Pero fue él, Kenzo Sakaru, el japonés. El comando suicida. El estaba cerca. Creí que iba a hincarme ya sus colmillos en mi cuello...

De repente, alargó el brazo. Accionó el vacío recipiente de luz solar concentrada.

Hubo un imprevisto resplandor, un fogonazo de luz cegadora, violenta, vibrante. Como el más radiante día. Deslumbrado, cerré los ojos. A mi alrededor, un grito colectivo, ronco. Un grito que luego se hizo silencio, ultrasonido.

Al abrir los ojos, cenizas y rostros convulsos, grisáceos, deritiéndose, me rodeaban en espantoso aquelarre de ultratumba. Los rayos de sol morían lentamente. Pero aquel último ramalazo de claridad solar bastó. Ni un solo vampiro en pie. Nadie... salvo él, Kenzo Sakaru, que sonreía con su rostro oriental, enigmático.

—Usted... Pero ¿qué sucede? —quise saber.

Kenzo se quitó algo de su negro cabello. Lo reconocí. ¡El casquete electrónico!

—Grabé mi actitud como supuesto vampiro —dijo, risueño—. Actué como tal, dominando mi voluntad, controlando mis pensamientos para no ser descubierto. Resultó el truco. Pasé por uno de ellos... sin serlo.

—Sakaru, fue maravilloso... ¿Y la luz solar?

—Comprendí que intentaba usted aniquilarles. No se acercarían todos hasta no ver en cero el nivel de energía solar concentrada. Yo actué a distancia. Mi casquete me dio fuerzas mentales para mover a voluntad el indicador... y fingir que estaba a cero. Era poco lo que ahí le quedaba de luz solar, pero bastaba para vencerlos.

—Y los hemos vencido, Sakaru. Y ahora... sólo usted y yo... supervivientes en un Sistema Solar vacío...

Contemplamos a los vampiros, que eran sólo residuos de ceniza y ropas vacías, amontonadas. La amenaza había terminado. Y con ella, todo signo de vida, salvo nosotros dos...

EPILOGO

Terminaron mis Crónicas.

Y hubo, pese a todo, un final feliz. Para Sakaru, para mí...

Fue después de unas jornadas de enloquecedora soledad en Urano. Nos disponíamos ambos a salir de viaje en el *Galaxy*, para morir en el espacio... cuando otra nave llegó a Urano.

Era la nave *Comet*.

Había sufrido desperfectos, llevaba meses sin comunicaciones, casi sin alimentos ni medios de supervivencia. A bordo, solamente dos mujeres supervivientes. Los demás, muertos en el choque con un meteorito.

Ellas eran Greta Stultz... y Gala. Gala Gaskell, mi ex prometida.

Gala Gaskell que, como un milagro viviente, vino a mis brazos, sollozando, cuando me identificó. Sakaru y Greta, se miraron en silencio.

Ya éramos dos parejas. Cuatro seres humanos, para iniciar de nuevo el ciclo vital, en medio de las estrellas.

Tal vez tengamos suerte.

De momento, aún vivimos. Y estas Crónicas terminan aquí.

Hasta que tengan, algún día, otro final...

F I N

[1]Abraham o Bram Stoker, es el autor de la primera obra del género sobre el tema de los vampiros: *Drácula*, publicada en Londres en 1897.